B. FARRINGTON

la civilización de grecia y roma

BENJAMIN FARRINGTON

LA CIVILIZACION DE GRECIA Y ROMA

EDICIONES SIGLO VEINTE
BUENOS AIRES
1973

Título del original inglés
THE CIVILISATION OF GREECE AND ROME
Víctor Gallancz Ltd., London

Traducción de
HERNAN RODRIGUEZ

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
© EDICIONES SIGLO VEINTE — Maza 177 — Buenos Aires
Impreso en la Argentina — Printed in Argentina

PREFACIO

Montpellier, la ciudad de la costa mediterránea donde terminé de escribir estas páginas, se encuentra en una región que pertenecía a la cultura griega en el siglo VIII antes de Cristo, y que antes de iniciarse la era cristiana estaba tan completamente romanizada como la misma Italia. En la guía local se deja oír todavía la tradición clásica. "La industria", leemos, "ha sido relegada a los vastos barrios modernos de la ciudad, de modo que Montpellier ha conservado su carácter de vieja ciudad capital, centro de la vida administrativa y universitaria, donde la labor de los estudiosos se combina con el solaz de la burguesía, para gran ventaja de las artes y de las ciencias". He aquí, en una sola frase, las principales características de la civilización que vamos a estudiar. Se trata de una civilización en la cual la industria nada tiene que ver con la cultura; en la cual las artes y las ciencias no tienen ninguna relación estrecha con la producción, sino que constituyen la aplicación de una clase

ociosa; en la cual la administración se ocupa casi exclusivamente del problema de dirigir a los hombres, y apenas toma siquiera en cuenta la lucha por el mejor dominio del ambiente material en que éstos viven. Es precisamente el origen de esta civilización el carácter de sus realizaciones y su valor para el mundo actual, lo que trataremos de estudiar en este breve trabajo.

Capítulo I

EL CARÁCTER DE LA CIVILIZACIÓN CLÁSICA SEGÚN LA OPINIÓN DE UN ROMANO

Al promediar el siglo I de la era cristiana, uno de los romanos más ilustres hizo el balance de la civilización de su época. La cultura grecorromana había alcanzado entonces la plenitud de su desarrollo. Todavía le quedaban cuatrocientos años de vida en Occidente, y después de ese plazo, otros mil en Oriente, pero sin efectuar progreso alguno ni alterar fundamentalmente su conformación.

Ese gran romano era Séneca. Oriundo de España, había nacido en Córdoba en el año 5 a. de C. Era el tutor del futuro emperador Nerón, y como tal estaba íntimamente familiarizado con las esferas oficiales de Roma. Era un filósofo, partidario, aunque no fanático, de la escuela estoica. Era versado en toda la rica cul-

tura de Grecia y Roma, y no vaciló en modificar su estoicismo con doctrinas y actitudes tomadas de otras escuelas. De modo que su pensamiento, aparte de ser vigoroso y original, era también ilustrado. Si alguno conocía de cerca la vida y la cultura de su época, ése era Séneca, y ningún otro hombre de la antigüedad estaba más habituado a formular juicios sobre la civilización que había heredado, ni tenía mejor título para hacerlo.

En opinión de Séneca, antes de la aurora de la civilización había transcurrido una edad ruda en que se carecía aún de los productos del arte, y en la cual los hombres fueron aprendiendo gradualmente, por pura experiencia, lo que les era útil. Pero una vez que sobrevino cierto progreso en las artes y oficios, se inició un período de comunismo primitivo, conocido como la Edad de Oro, en el que los sabios, los filósofos, eran los dirigentes naturales de la sociedad.

¿Pero qué clase de personas eran las que habían inventado las artes y los oficios en que se fundaba la vida material de la Edad de Oro, y de las edades posteriores? El filósofo Posidonio, ciento cincuenta años antes de Séneca, creía que todos esos descubrimientos, a saber, la arquitectura, la carpintería, la metalurgia, el telar, la agricultura, el molino, la rueda del alfarero, habían sido productos de la superior inteligencia de los filósofos; pero que éstos pensaron que el

ejercicio de esos humildes trabajos los rebajaba, y por tanto se los entregaron a los esclavos. A criterio de Séneca esta opinión carecía por completo de fundamento. Según él, la invención de las artes útiles de la vida cotidiana siempre ha sido obra de aquellos cuyo oficio es ocuparse por sí mismos de esas cosas. Las artes y los oficios son el producto de la experiencia y del ingenio nativo de los artesanos, no el don de los filósofos a sus prójimos más humildes. En prueba de ello aduce la experiencia de su propia época, en la cual se habían hecho ciertos inventos, como ser, ventanas de vidrio traslúcido, pisos y muros huecos para la circulación del aire caliente en los baños, un nuevo tipo de columna circular lisa para sostener los techos, y finalmente, el arte de la taquigrafía. "Todas ellas", dice Séneca, "fueron invenciones de menospreciados esclavos. La filosofía ocupa un sitial más elevado. No se dedica a adiestrar las manos, sino a instruir el espíritu".

Su objeción a la tesis de que los filósofos son los inventores de las técnicas no se funda únicamente en la observación de los descubrimientos coetáneos, sino también en un argumento moral. Séneca comprende claramente, al revés de algunos filósofos modernos que no consiguen poner su pensamiento en relación inteligible con la sociedad, que un objeto útil no puede concebirse simplemente como un dispositivo técnico, sino

que sólo puede explicarse por completo en su contexto social. Ofrece como primer ejemplo el del cerrojo y la llave. Se trata de artilugios técnicos, pero su función social es preservar la propiedad de un hombre de otros que tal vez la necesiten más. Si los filósofos inventaron el cerrojo y la llave, son culpables de haber dado la primera lección de avaricia, el vicio que llegó a destruir la sociedad. Menos aún quisiera Séneca endilgar a los filósofos la responsabilidad de haber inventado las artes superfluas de su época: las imponentes mansiones, los cielo rasos decorados con laca, las ropas de seda "que lejos de proteger el cuerpo no amparan siquiera el pudor", ¡las técnicas destructivas del militar y el cocinero!

Séneca creía que la avaricia había destruido el idilio del comunismo primitivo. En aquellos lejanos tiempos "tanto disfrutaba el hombre en comunicar un descubrimiento como en hacerlo, pues no había ni escasez ni exceso, sino que todo era compartido de buena gana, y el avaro no había aprendido todavía a encerrar en la inacción los dones de la naturaleza que son el medio de vida de sus semejantes. "¿No debiera yo acaso", pregunta, "llamar a los hombres de aquella época los más ricos, pues no podían encontrarse pobres entre ellos? Pero la avaricia hizo irrupción en ese bendito estado y al tratar de robar una porción del bien común y utilizarlo en su

propio provecho se desposeyó a sí misma de todo, y de una riqueza ilimitada quedó reducida a una estrecha propiedad. La avaricia introdujo la pobreza, y codiciando mucho lo perdió todo. Por ello, aunque ahora se afane por recuperar lo perdido, aunque agregue un campo a otro campo, desalojando a su vecino por el fraude o el oro, aunque extienda sus posesiones al tamaño de provincias y dé el nombre de fincas a propiedades que se tarda todo un día en atravesar, no hay expansión de límites que pueda devolvernos al punto de partida. Cuando se haya hecho todo lo posible, tendremos mucho. Pero en un tiempo lo tuvimos todo".

Esta protesta de Séneca contra la avaricia se refiere, evidentemente, a la forma de monopolio más conspicua en su época, los *latifundia*, grandes fincas privadas que se explotaban con mano de obra esclava, y cuya posesión coronaba una carrera próspera en la antigüedad clásica. Ésta era la forma de propiedad para cuya protección estaba entonces organizada la sociedad civil. Y continuando con la descripción, Séneca agrega que los dominios de los ricos eran entonces de tales proporciones que incluían ríos enteros, desde la fuente hasta la desembocadura; que abarcaban islas íntegras, donde otrora había gobernado grandes capitanes, y que un terrateniente afincado en Roma podía administrar como propietario absentista, por intermedio de sus ma-

yordomos esclavos, fincas situadas más allá de los mares Adriático, Jónico y Egeo. Como lo observara Plinio, otro escritor de la misma época, los latifundios ya habían arruinado a Italia y estaban entonces arruinando a las provincias.

Las consecuencias humanas de esta desproporción en las riquezas no pasaban inadvertidas para Séneca. "Bajo techos de paja se cobijaban hombres libres", expresa, "pero en nuestros palacios de oro y mármoles habitan esclavos". Y en verdad, cuanto mayor fue la riqueza material de la sociedad clásica en un período determinado, mayor fue la cantidad de esclavos. Durante cuatrocientos años, desde el año 150 a. de C. hasta el año 250 de C., los esclavos constituyeron las dos terceras partes de la población del Imperio romano. Y se los tenía en tan poco que, como Séneca no deja de recordarnos, se les daba muerte por pura diversión.

La única cura que Séneca puede imaginar es el retorno a la simplicidad de la Edad de Oro, antes que la avaricia arruinara a todos. Que los hombres vuelvan a vivir en las cavernas, se vistan con pieles, hojas y plumas, beban con la mano, del arroyo, y se tengan todos por hermanos. "Dormían entonces más profundamente sobre la dura tierra que ahora en sus mullidas camas. Yaciendo a campo abierto y viendo las estrellas deslizarse sobre sus cabezas contemplaban la gloriosa procesión de la noche, el univer-

so girando en torno a ellos en silencioso cumplimiento de su ingente tarea".

De modo que Séneca está desilusionado. Y del triste círculo de sus pensamientos, en los que el progreso material de la humanidad parece entretejido de modo inextricable con la descomposición moral de la sociedad, no ve otra salida que la ociosa exhortación a invertir el proceso de la historia. Su análisis es penetrante pero insuficiente. Está en lo cierto cuando habla del origen de las artes y los oficios, de la íntima relación de las técnicas con el carácter de la sociedad, del simultáneo incremento de la riqueza y de la esclavitud. Pero no ha podido escapar completamente a las limitaciones de su tiempo. Continúa manteniendo una absoluta separación entre la filosofía y las técnicas. No puede entender que la filosofía permanecerá estéril hasta que se avenga a estudiar la tierra. No pudo adivinar que el matrimonio del intelecto con la industria llegaría a trasformar el mundo. Su visión de la vida bienaventurada se proyectaba en el pasado, no en el futuro.

Nota: **Las opiniones de Séneca que aparecen en este capítulo han sido tomadas de las *Epístolas morales*, 89 y 90.**

Capítulo II

EN LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN CLÁSICA

En el capítulo anterior dimos cuenta de las opiniones divergentes de dos filósofos sobre el origen de las técnicas que constituyen la base material de la vida civilizada. Posidonio creía que su invención se debía a los filósofos; Séneca dio razones en favor de su convicción de que habían sido descubiertas por trabajadores manuales. No cabe duda que era Séneca quien estaba en lo justo. Pero importa añadir para nuestro objeto que esas técnicas básicas no habían sido aportadas a la civilización por los griegos ni por los romanos: fueron heredadas de una remota antigüedad. Por repetirse tan a menudo es que debemos toda nuestra civilización al mundo clásico, y resulta necesario insistir en la deuda de los griegos y los romanos para con culturas anteriores.

El período histórico a que nos referimos al examinar la civilización de Grecia y Roma está comprendido aproximadamente en los mil doscientos años que median entre el 700 a. de C. y el 500 de C. Estas fechas son algo arbitrarias, pues la época de oro de la poesía épica griega es anterior al año 700 a. de C., y por otra parte, ni la literatura griega ni la latina dejaron de existir totalmente después del año 500 de C. Pero para ese entonces la cultura pagana de la antigüedad clásica había sido definitivamente suplantada por la Cristiandad, y sólo sobrevivía como una poderosa influencia en un mundo transformado. Si nos contentamos, pues, con admitir que esos mil doscientos años incluyen la historia ininterrumpida de lo que se llama la civilización clásica, podemos decir que dicha civilización fue puramente griega hasta el año 250 a. de C., aproximadamente. A partir de esa fecha, el incremento del poder de Roma va haciendo cada vez más apropiado el uso de la denominación "grecorromana".

Empero, mucho antes de iniciarse ese período habían sido inventadas ya todas las artes y las técnicas que transformaron al hombre, de recolector, en productor de alimentos. Ésta fue la revolución fundamental que hizo posible lo que llamamos civilización, y ella se había producido unos dos o tres mil años antes de que los griegos aparecieran en el escenario histórico.

Dicha revolución tuvo lugar en el período comprendido aproximadamente entre los años 6000 y 3000 a. de C., en los valles fluviales del Nilo, el Éufrades, el Tigris, y el Indo. Fue un período de progresos extremadamente rápido en la gran conquista humana del medio; y fueron las técnicas inventadas por el hombre las que posibilitaron la aglomeración de grandes poblaciones en un mismo lugar y la aparición de la vida urbana. El reconocimiento de la gran importancia de este período primitivo en la evolución del hombre civilizado es de muy reciente data, y modifica toda la perspectiva de la historia clásica. Durante todo el período de la civilización clásica no se introdujeron mejoras fundamentales en las técnicas tradicionales con que los hombres arrancaban a la naturaleza la base material de su existencia.

Durante la era llamada paleolítica, que según los cálculos de prudentes arqueólogos duró unos 250.000 años, el hombre no había carecido de alguna ciencia, de ciertos atisbos de un dominio consciente sobre la naturaleza. Poseía intrumentos de piedra; sabía encender fuego y conservarlo; cazaba animales salvajes y adquirió el conocimiento de sus costumbres; recogía raíces y frutos, con el discernimiento necesario para evitar los alimentos nocivos y escoger los saludables.

Luego, durante la era neolítica, en los centros donde habría de surgir la civilización urba-

na, observamos una súbita aceleración del progreso. El cambio se inició probablemente con el descubrimiento del arte de cultivar dos cereales, el trigo y la cebada. El hombre comenzó a ser, además de recolector, cultivador. Ya no se limitó a tomar lo que la madre tierra le ofrecía, sino que con gran audacia la obligó a dar a luz. Había comenzado a alterar su medio ambiente, y con ello, a educarse y transformarse a sí mismo.

Fue probablemente ese dominio de la provisión de alimentos lo que puso a los rebaños de animales salvajes en situación de semidependencia respecto del hombre, y lo que permitió a éste llegar a domesticar la vaca, la oveja, la cabra y el cerdo. El perro ya se había convertido en amigo del hombre durante sus épocas de cazador. De este modo, el hombre comenzó a ser ganadero al propio tiempo que agricultor, y al hacerlo se transformó en un ser todavía más parecido a su congénere moderno.

Esas mejoras fundamentales en la producción de los medios de vida fueron sucedidas por toda una serie de descubrimientos secundarios. El hombre comenzó a hilar y a tejer, a confeccionar ropas de lino y de lana. Inventó el torno del alfarero, y modeló y horneó la arcilla. Hizo ladrillos y comenzó a construir. Practicó el riego artificial con canales y zanjas, y así unió la horticultura al cultivo de los cereales. Aprendió el

secreto de la fermentación, y comenzó a fabricar cerveza. Su conocimiento del mundo mineral fue también en aumento. Ya sabía elegir los pedernales para sus herramientas de piedra. Aprendió luego a distinguir algunos de los minerales metálicos. Refinó el cobre y el estaño, los fundió, y con su aleación fabricó nuevas herramientas y armas de bronce. Un adelanto condujo a otro; por ejemplo, los nuevos instrumentos de bronce promovieron el desarrollo del oficio de la carpintería. Con su nueva hacha de metal el hombre liberó una mayor superficie de la tierra del dominio de la selva. Con los troncos construyó embarcaciones de tablas, mejores arados, ruedas de madera. Ideó y consiguió sujetar el buey al arado y a la carreta. Con un poco de imaginación, podrá llegarse a comprender la revolución interna que esos descubrimientos deben haber ocasionado en el hombre. De cazador y recolector se había transformado en agricultor, ganadero, carpintero, alfarero, hilandero, tejedor, jardinero, constructor y herrero.

Fue este asombroso progreso técnico, que en todos sus aspectos esenciales continuó sin otras mejoras hasta el advenimiento de la era de las máquinas, el que posibilitó la aparición de la vida urbana. El hombre había llegado a poseer el dominio de su provisión de alimentos. El productor primario, agricultor y ganadero, podía mantener al productor secundario, a saber, el cons-

tructor, el carpintero, el alfarero. Mucho antes del año 3000 a. de C., la vida urbana estaba bien establecida en Egipto, la Mesopotamia y el valle del Indo. El período culminante de la civilización de esos valles fluviales ocurrió entre los años 3000 y 2500 a. de C. Allí se levantaban entonces grandes ciudades, cuyos habitantes vivían refinadamente, rodeados de monumentos arquitectónicos y otras obras de arte, practicando la técnica de la escritura, con un conocimiento ya notablemente avanzado de la aritmética, la geometría y la astronomía, no enteramente faltos de nociones de higiene y medicina, y dueños de literaturas de ciertos alcances y alguna importancia.

La historia del surgimiento de esos centros de civilización, de la expansión de su influencia por el Asia Menor y la región oriental del Mediterráneo en general, y de las etapas mediante las cuales el conocimiento de las artes de la vida civilizada alcanzó a los creadores de la cultura de la Grecia clásica, presenta claros que van siendo llenados gradualmente por el progreso de la investigación arqueológica. Aquí sólo podemos ofrecer un esbozo de ella.

Muy próxima a las civilizaciones de los valles fluviales apareció la civilización insular de Creta. Esta cultura, llamada también minoica, de Minos, el rey mítico de Cnossos, en Creta, fue el primer centro de la civilización europea. Las

exquisitas creaciones de sus arquitectos, alfareros y pintores han llegado a ser familiares para los estudiosos desde que por primera vez las revelaron, hace casi sesenta y cinco años, las excavaciones emprendidas por Sir Arthur Evans. Desde Creta, mediante la colonización, la conquista y las relaciones pacíficas, fue difundiéndose el conocimiento de las artes y oficios que posibilitaron la aparición de la vida urbana en muchos lugares de la cuenca del Egeo. Esta civilización egea, llamada también micénica, por la ciudad de Micenas, en el Peloponeso, donde se han descubierto sus vestigios más notables, fue la precursora inmediata de la civilización clásica en la parte continental de Grecia. La literatura griega más antigua, es decir, la épica homérica, muestra la influencia de la civilización de Micenas, aunque sea difícil determinar hasta qué punto la refleja exactamente, y qué distancia la separa de ella en el tiempo.

Al examinar la cuestión de la relación de la cultura griega con las civilizaciones más antiguas de los valles fluviales, es también esencial recordar que la primera floración del genio griego no se produjo en la Grecia continental, sino en la franja de ciudades griegas de la costa egea del Asia Menor. Allí, por medio de las rutas comerciales que unían las costas del Egeo con la Mesopotamia, los griegos estaban en contacto directo con la cultura todavía viva de Babilonia.

Las empresas de sus mercaderes los pusieron también en relación directa con Egipto. Así, sobre las ruinas de la civilización micénica, y en vinculación con las culturas de Egipto y Mesopotamia, surgió esa civilización clásica que nos hemos propuesto examinar.

La relación entre la cultura técnica de los griegos y las de sus precursores ha llegado a aclararse plenamente no hace mucho tiempo. En una obra muy importante, dedicada al estudio del conocimiento de los materiales, desde las épocas más primitivas hasta fines de la Edad del Bronce en Egipto, Babilonia y la región del Egeo, se han examinado por primera vez, en forma completa y competente, todos los datos relativos a este asunto. El autor extrae la siguiente conclusión: "El conocimiento del uso de los materiales en el período clásico, que por lo general constituye el punto de partida del historiador de la ciencia, proviene casi por entero de culturas mucho más antiguas. Representa, en muchos casos, no una fase original y vigorosa en el desarrollo del genio nacional, sino una forma decadente de artesanía, conocida entonces ya desde épocas tan remotas como lo son hoy para nosotros los últimos días de Grecia y Roma". Salta a la vista la importancia de esta conclusión para una evaluación justa de las adquisiciones grecorromanas.

Antes de concluir este breve resumen de la

aparición de las técnicas en que se funda la vida urbana, algo debe decirse sobre un tema de máxima importancia. Ya hemos mencionado, sin más comentario, el hecho de que las artes de la escritura y la numeración se practicaban en las antiguas civilizaciones del Cercano Oriente. Pensándolo bien, es evidente que la administración de la ciudad-Estado y del gran territorio de ella dependiente hubiera sido imposible sin las artes de la escritura, el cómputo y la simple medición. En verdad, mucho antes del año 3000 a. de C. las técnicas de la escritura, la lectura y la aritmética elemental estaban ya inventadas, y en Egipto y Mesopotamia las ejercía regularmente una clase de escribas sin cuya ayuda habría resultado por completo imposible la administración de esos vastos y complicados Estados.

Pero aquí aparece una paradoja. Durante mucho tiempo nos hemos acostumbrado a relacionar el progreso con las letras, y a considerar el arte de la escritura como el principal medio por el cual se conserva la tradición de la civilización. Sin embargo, es evidente que el descubrimiento de las técnicas básicas de la vida civilizada es anterior a la invención del arte de escribir; y todavía es más notable el hecho de que desde la época en que llegó a difundirse ese arte, con la aparición de la vida urbana, hasta épocas muy modernas, el desarrollo de la ciencia introdujo muy escasos progresos en sus aplicaciones prác-

ticas. En realidad, cabe afirmar que con la invención de la escritura llegó repentinamente a su fin una gran era de progreso técnico.

La explicación de esta paradoja reside en la circunstancia de que la escritura y la numeración no se inventaron para promover la conquista de la naturaleza, que en ese entonces había avanzado hasta el punto de producir una revolución en la sociedad. Las técnicas se transmitían de generación en generación oralmente, a través de un sistema de aprendizaje. La escritura y la numeración se inventaron para satisfacer necesidades muy diferentes; a saber, las de la administración y el gobierno. Pues al aparecer la vida urbana se observa una terminante división de la sociedad en trabajadores, esclavos o libres, y administradores. La escritura era un instrumento de la administración, y los escribas eran los servidores del gobierno. De modo que los escritos más primitivos, como es natural, no fueron tratados de agricultura o metalurgia. La noción de que un labrador o un minero pueda escribir es aún hoy una novedad, hasta en algunas regiones de la Europa Occidental. Las primeras escrituras son de índole contable, y constituyen el registro del botín de las conquistas militares, o bien tratan de artes, como la astrología, que interesaban a reyes y gobernantes. La religión, por supuesto, está incluida también, en uno de sus aspectos, entre las técnicas administrativas. Por

cuanto se ocupa de una esfera que trasciende el alcance del conocimiento positivo, pero de la cual la sociedad extrae sus sanciones para sus instituciones y sus actos, la religión, inevitablemente, atrae la intervención y la regulación del Estado. Ningún gobierno puede darse el lujo de admitir que cualquier individuo pueda opinar con tanto acierto como el que más sobre la cuestión del ordenamiento divino del mundo. La opinión de los desposeídos será, a menudo, que la justicia divina exige una revolución en la sociedad; la opinión de la clase dominante será casi siempre que la Providencia no quiere cambios. Por tanto la religión, como dependencia del gobierno, es uno de los aspectos en que primero tuvo aplicación la escritura.

Entretanto, para los trabajadores las cosas fueron de mal en peor. Como Séneca lo había adivinado, eran precisamente hombres ocupados de las tareas prácticas quienes habían inventado y perfeccionado las artes y los oficios. Y asimismo, según Séneca lo había dado a entender, antes de que existiera la división en clases los hombres compartían de buena gana con sus semejantes cualquier mejora introducida en la técnica. Pero luego el progreso de las técnicas había revolucionado la sociedad, convirtiéndose el artesano en el esclavo del administrador, reducido a una capa social inferior. Lo que producía no le pertenecía, sino que se le arrebataba en concep-

to de impuestos, sin dejarle más que lo indispensable para mantenerse y reproducirse. Así llegó a desaparecer el incentivo, y casi la posibilidad misma, de nuevos progresos técnicos.

Sociedades de esta índole existían, en situación de estancamiento, en los valles del Nilo y del Éufrates unos dos mil años antes de que apareciera la civilización griega. Los griegos habrían de introducir algunas mejoras asombrosas en la vida de la clase dominante de la sociedad; pero la civilización grecorromana corresponde esencialmente a la etapa del desarrollo de la sociedad que acaba de describirse. Aristóteles aprobaba plenamente esta sociedad dividida en clases. "No es ningún descubrimiento de los filósofos políticos que el Estado debe estar dividido en dos clases, y que los guerreros deben estar separados de los agricultores. Este sistema ha perdurado hasta hoy en Egipto y en Creta... La tierra debe pertenecer a quienes poseen armas y participan en el gobierno, y los labradores deben constituir una clase distinta de ellos... Lo mejor sería que todos los campesinos fueran esclavos, hombres que no pertenecieran a una misma raza y que carecieran de ánimos, pues estando faltos de arrestos se prestarían mejor a su trabajo, y no habría peligro de que intentaran una revolución".

Nota: Man makes himself, **de V. Gordon Childe, es la me-**

jor descripción de la revolución técnica del neolítico y de la aparición de la vida urbana.

El libro de Partington, *Origin and development of applied chemistry,* constituye el estudio más concluyente del conocimiento humano de los materiales desde los tiempos más primitivos hasta el año 1500 a. de J. C.

La cita de Aristóteles con que termina este capítulo pertenece a la *Política,* VII, 10.

Capítulo III

HOMERO Y HESÍODO

Es característico de toda la civilización de los griegos que los monumentos más antiguos que de ella poseemos sean literarios. Se trata de cuatro grandes poemas: *La Ilíada* y *La Odisea*, tradicionalmente atribuidos a Homero, y *Los trabajos y los días* y *La Teogonía*, atribuidos tradicionalmente a Hesíodo. Es seguro que todas esas obras existían hacia el año 700 a. de C., y que si acaso no revistieron su forma actual ya mucho antes de esa época, por lo menos encierran abundante material más antiguo.

En el período histórico, la sociedad griega estaba organizada en ciudades-Estados independientes, que, con la única excepción importante de Esparta, habían derogado la forma monárquica de gobierno y se habían constituido en repúblicas. Pero es precisamente el período monárquico anterior el que se refleja en la poesía de Homero y de Hesíodo, en diferentes aspectos

y desde diferentes ángulos. Homero era un griego asiático de la costa oriental del Egeo; Hesiodo, si bien su familia era oriunda del Asia Menor, nació y vivió toda su vida en la Grecia continental. El tema de la poesía de Homero era la guerra, la aventura, la vida de nobles y reyes. Hesíodo canta la vida cotidiana del pequeño granjero y las genealogías de los dioses. Combinando las obras de ambos podemos reconstruir el panorama general de la época.

En la sociedad descrita por Homero y Hesíodo la agricultura se dedicaba principalmente a la producción de cereales y vino; la otra actividad productiva principal era la ganadería. Desde luego que la caza y la pesca, entonces como ahora, contribuirían a la provisión de alimentos. Existía ya la propiedad individual de la tierra, y también la institución de la esclavitud. La suerte común de los prisioneros de guerra era ser esclavizados, y había un activo comercio de esclavos, pues esos cautivos podían ser vendidos en otros países. El trabajo esclavo se completaba con la labor de los asalariados. Pero la condición de estos últimos no era necesariamente mejor que la del esclavo. Un pasaje de *Los trabajos y los días* sugiere que al granjero de la época no le pasaba inadvertida la conveniencia económica de emplear mano de obra libre, en lugar de esclavos, para ciertas tareas. Sin duda, como norma general los traba-

jos permanentes eran ejecutados durante todo el año por los esclavos, y se tomaban trabajadores asalariados en las temporadas de mayor actividad. Pero Hesíodo no era partidario de ocupar a personas con obligaciones de familia. "Una jornalera con un niño pequeño", dice (verso 603), "es un estorbo". De la obra de Homero obtenemos una impresión muy similar del destino del trabajador asalariado. Cuando su héroe, Aquiles, quiere declarar en los términos más enérgicos posibles que la más mezquina existencia en este mundo es mejor que la más exaltada entre los muertos, no elige al esclavo, sino al trabajador asalariado, como el escalón más bajo de la desdicha humana. "Preferiría estar sujeto al suelo, sirviendo a otro por un salario, empleado por algún hombre de escasos recursos, carente de tierra, que ser el rey de todos los difuntos".

La industria, en aquella época primitiva, consistía principalmente en artesanías domésticas, pero la metalurgía y la cerámica eran ya oficios especializados. Se tenía gran desprecio por los jornaleros, como ocurriría durante todo el período clásico, pero la sociedad era todavía tan simple, relativamente, que las clases superiores no estaban por entero apartadas de las ocupaciones manuales útiles. Odiseo, a pesar de ser un rey, era un experto carpintero, y Nausicaa,

hija de un monarca, dirigía el lavado de ropa del palacio, y tomaba parte en la tarea.

La sociedad estaba encabezada por reyes y nobles hereditarios, cuya posición privilegiada se fundaba en la propiedad de campos, huertos, esclavos, rebaños y majadas. Algunas clases profesionales, dependientes de ellos, gozaban de gran estima. En un pasaje de *La Odisea* (libro XVII, versos 382-7) se nombra en conjunto al adivino, el médico, el carpintero y el bardo como personas a quienes cualquiera agasajaría de buena gana. Los principales poderes religiosos, legislativos, militares, judiciales y ejecutivos estaban concentrados en las manos del rey, si bien éste era asesorado por el adivino en las cuestiones sobrenaturales, y se hacía aconsejar de sus nobles en los asuntos militares y de Estado.

Pero el extraordinario interés de esta sociedad, reside no tanto en las características enumeradas, como en la circunstancia de que haya dado origen a la gran literatura épica, de la cual sólo han sobrevivido como muestras las obras de Homero y de Hesíodo. Pues no hay ningún elemento en la cultura material del mundo homérico que no sea secundario, imitado, y hasta atrasado en comparación con sus precursores en Egipto, Mesopotamia y Creta. Pero en las civilizaciones más antiguas jamás se había producido una literatura de la calidad de

La Ilíada y *La Odisea*, y raramente se llegó a igualarlas en ninguna época posterior. Desde el momento mismo en que empezamos a saber algo de ellos, los griegos son supremos en su capacidad de concretar sus pensamientos en obras de arte acabadas.

La literatura de los hebreos, cuyos orígenes datan aproximadamente de la misma época, puede en algunos aspectos compararse con la griega. Hay, por ejemplo, cierta semejanza de asunto entre el libro del *Génesis* y el poema de Hesíodo, *La Teogonía*. Y la obra hebrea, aunque de temperamento menos científico, está mejor compuesta y posee un interés humano más profundo. Pero la comparación de la literatura griega con la hebrea sirve para recordarnos una notable laguna en nuestro conocimiento de los orígenes de la cultura intelectual griega. La literatura hebrea, evidentemente, debe mucho a las literaturas más antiguas del Oriente próximo. La historia de la creación, por ejemplo, debe mucho a la antigua epopeya babilónica. La Ley mosaica fue preparada por alguien que conocía bien el código babilónico de Hammurabi. Parece seguro que el Himno al Sol del rey egipcio Akenatón influyó en la composición de los Salmos. Y el insuperable genio de los escritores del Viejo Testamento para el cuento corto tuvo en cierto grado su precursor en la obra inicial de los egipcios dentro

de este género. ¿Pero, quién puede señalar las influencias extranjeras susceptibles de haber preparado la aparición de la *Ilíada*? Es el monumento más antiguo de la literatura griega, pero artísticamente ya reviste una completa madurez. Esta perfección artística debe ser el resultado por lo menos de varias generaciones de esfuerzos y preparativos, pero su conocimiento se ha perdido por entero. Los romanos comenzaron a intentar la forma épica a fines del siglo II a. de C., y tardaron casi doscientos años antes de alcanzar la madurez de la *Eneida*. Pero al escribir esta obra, Virgilio seguía teniendo a la *Ilíada* por modelo de perfección, con el que esperaba rivalizar. Debemos resignarnos con la realidad de que la historia de la época griega no puede escribirse. Comienza para nosotros con su creación suprema, la *Ilíada*. Y como la *Ilíada* sigue constituyendo una de las principales razones para estudiar griego, debemos dedicar una o dos páginas a su examen antes de pasar de la aurora de la épica griega al período más definidamente histórico de la cultura griega.

El asunto de la *Ilíada*, en el sentido superficial de la palabra, es la guerra y la lucha. Los sucesos que en ella se describen ocurrieron a raíz de una gran crisis, en la decadencia de la civilización micénica, cuando una coalición de ciudades de la Grecia continental agrupó sus

fuerzas, cruzó el Egeo y procedió a la destrucción de la ciudad de Troya, en la ribera asiática. Según la tradición, se necesitaron diez años para conquistar la ciudad. La *Ilíada*, que trata de algunos de los sucesos de esta guerra, es un largo poema, dividido actualmente en veinticuatro libros, cada uno de los cuales consta de unos 600 a 800 versos. Ocupo unas 500 páginas en tipografía moderna, de modo que es bastante más extenso que una novela corriente. Homero no intenta hacer la crónica de la guerra. No es de ningún modo un analista. Los acontecimientos que describe ocurrieron todos en el espacio de unas pocas semanas, durante el décimo año de la guerra. Y se relatan, no desde el punto de vista del historiador de la campaña bélica, sino del creador de un drama de pasión y carácter. Homero no pretende ser el poeta de la guerra de los griegos contra Troya, sino de la cólera de Aquiles. La unidad del poema no es externa, no está impuesta desde afuera por el curso de los acontecimientos históricos, sino que emana de la trama dramática creada por el poeta mismo. Su interés no reside en los hechos, sino en los actores. No se propone analizar la historia, sino la condición humana. Y su éxito es tan grande que inaugura un nuevo capítulo en la historia de la cultura.

El argumento de la *Ilíada*, la historia de la cólera de Aquiles, es muy sencillo. Aquiles, el

más esclarecido guerrero del bando griego, es un hombre que ha elegido a sabiendas la suerte del soldado: una vida breve y honrosa, antes que una longevidad sin honor; y durante nueve años ha sido el antemural de la hueste griega. Pero ahora, en el décimo año de la guerra, ha sido insultado y agraviado por Agamenón, el comandante en jefe, y se niega a seguir combatiendo. La batalla se vuelve entonces cada vez más adversa a los griegos, y su campamento, levantado en la playa, corre peligro de ser tomado por asalto, y sus buques de ser incendiados. Aquiles sigue negándose a entrar en la liza, pero permite que su amigo Patroclo revista su armadura y trate de suplantarlo. Patroclo sucumbe a manos del héroe troyano Héctor. El dolor de Aquiles es tan tremendo como antes su cólera. Después de observar el duelo y celebrar los juegos en honor del difunto Patroclo, reanuda la lucha, se venga con creces del enemigo, y finalmente encuentra a Héctor y le da muerte. El poema concluye con la visita nocturna de Príamo, el padre de Héctor, a la tienda de Aquiles, para rescatar el cadáver de su hijo. Tal es, en síntesis, el argumento del poema.

Para relatar su historia, Homero tenía a su disposición un vocabulario y una forma de versificación que evidentemente habían sido amoldados por una larga tradición a los fines de la

poesía épica. No se ha ideado jamás mejor medio para un largo poema narrativo. El arte de la palabra apropiada para cada caso y del ritmo más adecuado en cada momento había alcanzado una insuperable perfección. La manipulación del relato no es menos admirable. En él se justiprecian y se utilizan todos los recursos capaces de atraer y sostener la atención del lector. El escritor se sumerge desde un primer momento en su historia. Se mantiene entre bastidores, evitando la narración directa, y poniendo el desarrollo de la acción en labios de los propios actores. Y va contrastando en forma estudiada los asuntos, el sentimiento, el carácter, diversificando las escenas bélicas con la introducción de cuadros de actividades pacíficas en mar y tierra, al aire libre o bajo los techos de los palacios.

Y con esto, sólo hablamos de los méritos menores del poema, y nos quedamos en el introito de su elogio. Los críticos de todas las épocas han tratado de hallar palabras para describir las cualidades de índole más espiritual que técnica: la intensidad de la visión del autor, la certeza de su dominio de lo que quiere decir, la fuerza de su *pathos*, la coherencia de su caracterización, la osadía y elevación de su pensamiento, la unidad emotiva interior, que, en el flujo y el reflujo del entusiasmo, a través de los diversos libros, va levantando al poema to-

do, como una ola creciente, hacia su irresistible conclusión.

Pues es precisamente en la sucesión de las emociones dominantes donde se revela ante todo la unidad de esta gran obra maestra. La culminación del poema sobreviene cuando el anciano Príamo se infunde fuerzas para ir a reclamar el cadáver de su hijo, de manos del hombre que lo ha matado, y cuando Aquiles, movido de compasión, le entrega el cadáver del hombre que mató a su amigo. Pero esta culminación viene preparándose desde el comienzo del poema, y no puede apreciarse si no lo seguimos paso a paso. Desde la querella de Aquiles con Agamenón en el campamento, y a través de las hazañas cumplidas en el campo de batalla, vamos comprendiendo progresivamente la magnitud de la amistad entre Aquiles y Patroclo. De las rudas virtudes, las amistades viriles, y el concubinato con las mujeres cautivas en el campamento de los invasores griegos, pasamos a la lucha más profunda de los troyanos, cuyos hogares amenazados evocan un patriotismo más puro, un tipo de coraje más reflexivo, al abandonar los brazos de sus mujeres y sus hijos para afrontar la muerte en la llanura barrida por el viento, ante los muros de su querida ciudad. Durante todo el poema, la acerbidad de la acción va creciendo, hasta culminar en el coloquio entre Príamo y Aquiles.

"Cincuenta hijos tenía", dice Príamo, "cuando llegaron los aqueos. El fiero Marte exterminó a la mayoría de ellos, y a Héctor, el único que quedaba, el guardián de nuestra ciudad y nuestra gente, acabas tú de darle muerte; por eso he venido hasta las naves de los aqueos, para recobrar de ti su cadáver a costa de un gran rescate. Teme, oh Aquiles, la cólera del cielo; piensa en tu propio padre y ten compasión de mí, que soy todavía más digno de piedad, pues me he hecho fuerte, como hombre alguno antes que yo, para venir a besar la mano del hombre que mató a mi hijo".

No tenemos aquí suficiente espacio para hablar de los demás poemas épicos que han sobrevivido de este período. Debemos subrayar, al concluir este capítulo, la lección que ya hemos extraído del análisis de la civilización de la edad homérica, a saber, que en cultura material la vida de esa época sólo fue un pálido reflejo de lo que ya existía en las civilizaciones del Oriente próximo desde por lo menos dos mil años atrás. Pero algo hubo en el carácter de ese pueblo o en las circunstancias de su vida que posibilitó un florecimiento de literatura creadora todavía sin parangón entre los más ricos tesoros espirituales de la humanidad.

Nota: **Las condiciones económicas en los mundos griego y romano desde los tiempos más primitivos hasta la caída del Imperio de Occidente pueden estudiarse en la obra de J. Toutain, *L'économie antique*.**

Capítulo IV

EL RENACIMIENTO JÓNICO: LA CIVILIZACIÓN DE LOS GRIEGOS EN LAS RIBERAS DEL ASIA MENOR

En nuestro último capítulo hemos sugerido la existencia de algún elemento en el carácter del pueblo griego o en sus circunstancias, durante la Edad Homérica, que podría explicar el gran florecimiento del genio creador en esa época. No podemos analizar aquí el carácter del pueblo; pero no es imposible, ni aun difícil, sugerir una razón social y política que explique el progreso mental de los griegos, mientras los babilonios, y más aún los egipcios, se encontraban estancados.

En Egipto y en Babilonia la ficción de la monarquía de derecho divino se había establecido muy tempranamente como un medio esencial de gobierno. Toda la actividad intelectual había caído bajo el dominio de los sacerdotes que sostenían el trono. El fomento de la supers-

tición se consideraba como una necesidad administrativa, y el progreso cultural quedó paralizado. "Cuando los griegos comenzaron a llegar a Egipto", dice con agudeza un escritor contemporáneo,[1] "y quedaron pasmados por su antigüedad y abrumados por la multiplicidad de sus dioses, sus castas y sus ceremonias, lo que en realidad encontraron fue una nación de *fellahin* gobernada con mano de hierro por una Sociedad de Anticuarios".

Podemos respaldar este juicio con muchas citas de escritores griegos, que estaban lejos de cerrar los ojos ante el significado político de las supersticiones conservadas por los gobernantes de Egipto. Por ejemplo Isócrates, autor griego del siglo IV a. de C., hablando de un personaje mítico, Busiris, a quien considera como el legislador de Egipto, dice: "Introdujo muchas y variadas prácticas piadosas; él estableció la ley por la cual deben venerar y honrar a animales que son despreciados entre nosotros, no porque abrigara ninguna idea errónea del poder de esas criaturas, sino por otras dos razones. La primera, que le pareció apropiado habituar a la plebe a obedecer cualesquiera órdenes que le fueran impartidas por sus superiores; la segunda, que quería poner a prueba, mediante su concurrencia a esas ceremonias pú-

[1] Stanley Casson, en *Progress and catastrophe.*

blicas, las opiniones que sus súbditos pudieran sostener sobre cuestiones más difíciles de observar. Pues creía que quienes desprecian esas ceremonias veniales, muy bien pueden menospreciar también otras cosas más importantes, y que en cambio podía esperar que quienes exhibían allí su piedad fueran igualmente respetuosos de la ley en todos los demás aspectos".[1]

Ahora bien, en los tiempos homéricos esas razones para el estancamiento intelectual no existían entre los griegos. Sus monarquías, como hemos visto, no eran absolutas, y sólo tenían un leve matiz teocrático. Además, los reyes gobernaban territorios exiguos, tenían a su disposición recursos muy escasos de hombres y hacienda, y eran tantos que resultaban poco más que jefes de clanes. Odiseo, monarca de la pequeña isla de Itaca, era un rey de reyes. En esas circunstancias, las complicadas supersticiones que servían de apoyo a la monarquía egipcia no hubieran desempeñado ninguna función, y en realidad a Homero nunca se le ocurre tratar a sus reyes y nobles sino como seres humanos. Asimismo, aunque conserva, como ornamento poético y como símbolos adecuados del pensamiento de la época, todo un calendario de deidades olímpicas, no se deja intimi-

[1] Como historia del origen de la religión egipcia, este párrafo carece de autoridad, pero como observación acerca de su función social parece justo.

dar por ellas, y sus reflexiones sobre la humanidad y su destino nunca se subordinan a las exigencias de un credo ortodoxo. Estas circunstancias sociales ofrecen por lo menos una explicación parcial del surgimiento de una literatura tan superior a la de las civilizaciones más antiguas. Es también interesante observar que justamente en la región que pretendía ser la cuna de Homero aparecieron la ciencia y la filosofía en el siglo VII a. de C., y que esos precursores de la explicación racional expresaron sus pensamientos precisamente en el idioma del gran poeta. Nos ocuparemos ahora de ese vasto movimiento intelectual, llamado el Renacimiento Jónico.

A lo largo del Egeo, sobre la costa del Asia Menor, había en el siglo VII a. de C. una serie de ciudades griegas: Mileto, Priene, Magnesia, Éfeso, Colofón, Clazomene, Focea, y las ciudades insulares de Lesbos, Samos y Quíos, que disfrutaban de una combinación de circunstancias tal como nunca antes se había conocido en el mundo. Los griegos de esas ciudades constituían una población inteligente y emprendedora, de orígenes étnicos mixtos (pues los inmigrantes griegos se habían emparentado con los pueblos indígenas) que hablaba la lengua en la cual ya había hallado su expresión la copiosa y estimulante literatura épica. Su régimen político era avanzado, pues las viejas mo-

narquías habían sido derrocadas, y había llegado a su fin lo que podríamos llamar el orden social feudal. Dada su situación en la faja costera de Anatolia, donde salían al Egeo las rutas de las caravanas orientales, se habían convertido en emporios comerciales, que exportaban los artículos manufacturados del interior e importaban en cambio las materias primas de Rusia Meridional, Italia y España. También tenían relaciones con Egipto, pues en el siglo VII el rey Psamético, fundador de la Vigesimosexta Dinastía, invitó a los mercaderes griegos a instalarse en su país, y tomó mercenarios helénicos a su servicio. Bajo el estímulo de esos contactos inmediatos con las antiguas civilizaciones, y de las exigencias de su vida mercantil y marinera, esos hombres que hablaban el idioma de Homero no podían dejar de crear una cultura original, y así lo hicieron, evolucionando con brillante originalidad en una cantidad de aspectos distintos.

En arquitectura, inventaron las encantadoras formas del templo jónico, perfecto símbolo de su carácter feliz, indiferente por completo al tamaño en sí (pues no trataban de intimidar a ningún pueblo sometido) y sólo interesado en la proporción. Aprendieron a hacer estatuas de mármol y de bronce; y sus figuras humanas son de tamaño natural y de movimientos más sueltos que en la escultura egipcia. De los fe-

nicios adoptaron el diseño de la galera, y, lo que es aún más importante, el uso de un alfabeto fonético. La literatura comenzó también a revestir nuevas formas. Las baladas épicas, hechas para ser recitadas en los banquetes de los reyes, ya no respondían al espíritu de la época, y fueron reemplazadas por versos líricos y elegíacos en los que hallaba expresión directa la vida personal del poeta.

Así surgió una poesía de amor, de amistad, de jovialidad, de política, de pobreza y riqueza, de guerra y paz: la poesía de una era inquieta, aventurera e individualista. Calino, Arquíloco, Alcmeón, Minermo, Simónides, Alceo y Safo, fueron otros tantos cantores recordados de esta época. He aquí dos pasajes de Arquíloco:

I) "Discurría la doncella plácidamente, con un ramo de mirto en una mano y una rosa en la otra, velados sus hombros y su espalda con la sombra de su cabellera".

II) "No quiero tener por capitán a un individuo alto, de porte fanfarrón, atuendo exquisito y labio afeitado; dadme a un tipo bajo y robusto, patizambo, bien plantado sobre los pies y de ánimo fogoso".

Estas estrofas pueden dar una idea de la vivacidad y la naturalidad de la poesía de entonces. Para mostrar su sabiduría, su pasión, su

ciencia de la propia personalidad, sería preciso dor ejemplos más extensos.

Pero este temperamento vivaz, que veía el mundo cotidiano con nuevos ojos, renovó algo más que el arte y la arquitectura. Los griegos conocían las explicaciones mitológicas del universo que eran corrientes en las civilizaciones más antiguas, y tenían también su propia mitología, como bien saben los lectores de Homero y de Hesíodo. Pero de pronto cesaron de inventar teorías para ocultar su propia ignorancia, comenzaron a pensar en una nueva forma, y a ofrecer explicaciones inteligibles de los fenómenos del universo, basadas en elementos de la experiencia común. En la ciudad de Mileto, particularmente, una sucesión de tres grandes pensadores, Tales, Anaximandro y Anaxímenes, inauguró un capítulo de especulación racional sobre la naturaleza de las cosas que significó el principio histórico de la ciencia moderna. Allí, por primera vez, se reconoció la teoría como organizadora de la experiencia. Ya no se trata únicamente de decirse: "Haré esto porque veo que da resultado", sino de añadir además: "Si da resultado, debe ser porque su naturaleza es tal".

¿Por qué está constituido el universo de tres clases de materia: sólida, líquida, y vaporosa? se pregunta Tales. Y responde que probablemente las tres puedan reducirse a una sola for-

ma fundamental, a saber, el líquido, tal como el agua puede congelarse y hacerse sólida, o calentarse hasta que se evapora. Anaximandro continúa este razonamiento con la sugestión de que probablemente la substancia primera no sea ni tierra ni agua, ni vapor, sino alguna especie de común denominador de los tres. Anaximenes completa esta línea de especulación, por el momento, opinando que la diferencia entre sólidos, líquidos y vapores no es fundamentalmente cualitativa, sino cuantitativa. Una pequeña cantidad de la substancia primaria en un espacio dado, es vapor; una cantidad mayor determina la forma líquida, y mayor aún, produce la materia sólida. De este modo la teorización racional penetró en el dominio de la experiencia para organizarla y profundizarla, y nació la verdadera ciencia.

Del mismo modo, en esa época se procedió también a purgar las observaciones astronómicas de los babilonios y los egipcios de sus características astrológicas, y sus conocimientos matemáticos, que habían permanecido en la etapa empírica, y carecían de abstracción y generalización, se desarrollaron rápidamente hasta convertirse en una estructura lógica coherente, en la cual se captaron claramente por primera vez las condiciones de la prueba matemática. Como el verso resultó inadecuado para esas especulaciones y raciocinios, la expresión fue com-

pletada mediante la creación de un estilo de prosa que pronto evolucionó, a partir de unos principios tan rígidos como torpes, hasta alcanzar una facilidad, una variedad y una amplitud que satisfacen tanto el oído como el intelecto. Se iniciaron también la geografía descriptiva, la historia y la cartografía.

Y este fermento intelectual no se limitó a las costas del Asia Menor, pues en aquella época de colonización los griegos de Anatolia ya tenían sus plazas comerciales en el otro extremo del Mediterráneo, en Francia y España; y las ciudades griegas eran tan numerosas e importantes en el sur de Italia y en Sicilia que esa región llegó a ser conocida como la Magna Grecia. Allí también cundió la especulación sobre la naturaleza de las cosas, y los nombres de Pitágoras de Crotona, Parménides de Elea, y Empédocles de Agrigento son tan grandes como los que distinguieron a Mileto y otras ciudades griegas del Asia. Por último, fue en la ciudad de Abdera, en Tracia, donde la especulación cósmica de la época llegó a su culminación con la teoría atómica de Leucipo y Demócrito. Su amplia explicación materialista del universo es el digno remate del gran edificio intelectual de la Grecia Jónica. Poder apreciar esta proeza, seguir el curso de la especulación griega en los ciento treinta años que separan a Tales de Demócrito, es llegar a entender uno

de los momentos más vitales en la historia del pensamiento humano. Para el estudiante, es ésta la introducción natural a la historia de la filosofía y del pensamiento científico, y su valor educativo ha sido reconocido hace ya mucho tiempo en las universidades de todo el mundo.

El gran período del Renacimiento Jónico se extiende aproximadamente del 600 al 450 a. de C. Desgraciadamente, casi toda la producción literaria de esta época ha desaparecido. Lo que subsiste es una multitud de fragmentos que han sobrevivido en citas o en paráfrasis en las obras de los enciclopedistas, biógrafos, escritores de diccionarios y compiladores griegos de todas clases, que vivieron en épocas posteriores. Las obras más antiguas que se han conservado íntegras pertenecen a una colección de obras médicas provenientes de la escuela del gran médico Hipócrates, de la isla de Cos, y las más antiguas de ellas datan quizás del año 500 a. de C. El más grande de los monumentos conservados de la prosa jónica es la *Historia* de Heródoto, escrita aproximadamente a mediados del siglo V. Hipócrates y Heródoto, lo mismo que Homero, siguen interesando, no sólo al especialista, sino al estudioso de la historia en general. Obras como la *Medicina antigua*, y *La enfermedad sagrada*, de Hipócrates, y el *Juramento hipocrático*, no son meramente parte

de la historia de la medicina, sino de la cultura humana. Y la *Historia* de Heródoto sigue siendo tan divertida en sus pormenores, y tan imponente en su efecto total, como lo era hace más de dos mil años.

Capítulo V

ESPARTA Y ATENAS: EL IDEAL DE LA CIUDAD-ESTADO

La unidad de la organización política de los griegos no era la tribu ni la nación, sino la ciudad-Estado, que no solía contar con más de diez mil habitantes. Aristóteles creía que el límite adecuado era la máxima cantidad de personas que podía oír simultáneamente la voz de un orador. Los griegos no trepidaban en luchar, y perder la vida para defender la independencia y la autarquía de esos minúsculos Estados: la ciudad-Estado, o la *polis*, como ellos la llamaban, era para los helenos, sinónimo de civilización. Este ideal, que concitaba su fanática devoción, ha sido muy admirado también en épocas modernas. El reducido tamaño de esta unidad política permitía a todo ciudadano participar directamente en el gobierno, y le brindaba la posibilidad de adquirir experiencia en el manejo de la cosa pública. Pero tenía al mis-

mo tiempo la desventaja de constituir un obstáculo insuperable a toda unidad real entre los Estados griegos. Éstos poseían un idioma común, una misma religión, y compartían las celebraciones de los juegos olímpicos, píticos, nemeos e ístmicos. Pero en lo político, Grecia permaneció desunida, y así fue fácil presa, primero de Macedonia y luego de Roma. A medida que mejoraron los medios de comunicación, las ciudades-Estado independientes y autárquicas se convirtieron en un anacronismo político y la unidad que fueron incapaces de instaurar por sí mismas les fue impuesta desde afuera.

Ésta había sido ya la suerte de los griegos asiáticos, en el siglo VI a. de C., cuando cayeron bajo la dominación política, primerio de Lidia y luego de Persia. Los lidios y los persas les dejaron la administración de sus asuntos municipales; y la pérdida de su independencia política, como hemos visto en el capítulo anterior, no menoscabó su espléndida contribución a la cultura griega. Pero les arrebató algo que para los griegos encarnaba el valor supremo. De modo que si queremos examinar la ciudad-Estado griega en su pleno desarrollo, debemos dirigirnos a la Grecia de tierra firme, y en particular, a Atenas y Esparta. Empecemos por esta última.

Hacia el año 1000 a. de C. una horda invasora de griegos dóricos provenientes del nor-

te consiguió instalarse en Peloponeso, en el rico valle del Eurotas. Evidentemente, llevaron consigo el ideal de la ciudad-Estado, que Aristóteles describiría luego tan bien.[1] Repartieron las tierras entre sí, en parcelas iguales, esclavizaron a los habitantes conquistados y los sujetaron a la gleba, y luego de haber resuelto así el problema de conseguir los productos agrícolas que necesitaban, sin tener que trabajar ellos mismos la tierra, se pusieron a considerar la mejor forma de obtener los pocos artículos manufacturados que precisaban, sin fabricarlos ellos mismos. Resolvieron este problema tolerando que las pequeñas ciudades vecinas continuaran existiendo como entidades separadas bajo gobernadores espartanos, que sacaban de ellas los productos de la artesanía y la industria, actividades de las que el orgullo de los esportanos les impedía ocuparse. De este modo, todo ciudadano espartano era un hidalgo rural ocioso. El Estado le proporcionaba su granja y la mano de obra necesaria para explotarla; la única condición de su tenencia era que entregara a la comunidad una proporción determinada del producto de su finca. Quien así no lo hacía, perdía sus derechos cívicos.

Alrededor del año 800 a. de C., sobre la base de este sistema, mediante el cual satisfacían sus

[1] **Véase al final del capítulo II.**

necesidades económicas con el trabajo ajeno, los espartanos habían establecido una forma de gobierno que despertó la admiración de épocas posteriores. Conservaron la institución de la monarquía, pero evitaron algunos de sus inconvenientes manteniendo dos reyes. Cada uno de ellos limitaba el poder del otro, y si uno estaba ausente, como general de las tropas en alguna campaña militar, el otro quedaba en la capital como jefe del gobierno. Existía un consejo, formado de veintiocho ancianos, que ejercía una constante fiscalización de los asuntos públicos. La general participación de la ciudadanía en la vida pública era asegurada mediante la presencia de todo ciudadano varón mayor de treinta años en una asamblea donde se decidían todas las cuestiones políticas fundamentales.

Además, había una magistratura popular, compuesta por los éforos, que formaban una junta de cinco miembros, encargada de vigilar también a los monarcas. Estos magistrados tenían atribuciones casi ilimitadas de vigilancia y fiscalización, pero como eran renovados anualmente, no había mayor peligro de que abusaran de ellas. De este modo, la constitución de Esparta contaba con un ingenioso sistema de equilibrio de poderes que aseguró su permanencia durante varios siglos.

Como los espartanos estaban exentos de trabajar en la agricultura o en los talleres, cabe

preguntarse si tenían algo que hacer: en realidad, su única función era la preparación bélica, y para ella vivían a la manera de alumnos internados en una escuela harto disciplinada, con rasgos de cuartel. La vida privada estaba casi totalmente abolida. No se toleraba el lujo. En toda Grecia eran célebres sus hábitos peculiares: la inmersión matinal en las frías aguas del Eurotas, la sopa negra de los refectorios colectivos, el rústico maderamen de sus viviendas, labrado sólo con el hacha. Y así pasaban el día los espartanos, entre sus diversiones organizadas, las comidas comunales, los negocios públicos, los ejercicios militares, y las misiones castrenses. No escribían historias, ni cultivaban las ciencias, ni hacían esculturas. Pero conocían la diferencia entre un espartano y un ilota, entre un espartano y un habitante de cualquier ciudad vecina, entre un espartano y cualquier otro griego. Eran los mejores infantes con armamento pesado en toda Grecia, y su ciudad sin murallas se levantaba en campo abierto como un tácito desafío al resto de Grecia, por si cabía alguna duda.

Por increíble que pueda parecer, esta extraña sociedad se mantuvo sana y vigorosa durante unos cuatrocientos años; pero hacia el siglo IV estaba evidentemente en decadencia. Es posible que con su sistema de agricultura los espartanos hubieran agotado la fertilidad del va-

lle del Eurotas. Es indudable que la sencillez de su vida, artificialmente conservada, era cada vez más anacrónica, y que la disciplina espartana iba quebrantándose a medida que las circunstancias ponían a este pueblo más y más en contacto, no sólo con otros griegos, sino también con los persas. Sea cual fuere la razón, cada vez menos espartanos aportaban su contribución al fondo común, y hacia el siglo III, de los diez mil infantes pesadamente armados que en un tiempo hacían temblar a su paso la llanura del Eurotas, no quedaban sino unos centenares. Los grandes días de Esparta habían pasado para no volver jamás. Sólo se conservó el recuerdo de sus proezas y de su constitución, registrado por sus enemigos, los atenienses, como ejemplo y advertencia para la humanidad.

El desarrollo de Atenas siguió otro rumbo. Lejos de constituir una horda invasora en territorio conquistado, los atenienses se enorgullecían de ser indígenas del Atica. Pero su orgullo del pasado no los hacía conservadores. Los intereses de los terratenientes muy pronto fueron morigerados por el desarrollo de una clase media comercial e industrial, que determinó la quiebra de viejas instituciones y contribuyó a la rápida evolución política que es la principal característica de la historia ateniense. También dio lugar a la presencia en Atenas de una gran cantidad de residentes extranjeros,

que contribuyeron notablemente a su preeminencia intelectual.

En sus primeros tiempos Atenas, como otros Estados griegos, fue una monarquía. A ésta sucedió una oligarquía tiránica de la clase terrateniente, que a su vez, luego de un período de trastornos políticos, dio paso a una forma de democracia. Los ciudadanos estaban divididos en cuatro clases, sobre la base de la propiedad. Todas ellas, hasta la más baja, es decir, la que carecía de toda posesión, tenían el derecho de asistir a la asamblea popular, y de recibir nombramientos para los tribunales populares, que ejercían un vasto poder sobre la vida pública y privada de la ciudad. El orden del día de la asamblea era preparado por un parlamento de quinientos miembros, que se designaba anualmente, echando suertes, con la participación de las tres clases superiores de ciudadanos. El poder ejecutivo estaba en manos de una junta de nueve miembros, designada también anualmente, al azar, por los ciudadanos de las tres clases superiores del Estado.

Esta democracia, si bien no alcanzó desde un principio su pleno desarrollo, quedó establecida en el último decenio del siglo VI. Casi inmediatamente, la nueva forma de gobierno se vio sometida a una terrible prueba. Las ciudades griegas del Asia se habían rebelado contra su amo persa. Atenas había tenido la presunción de

ayudarlas. Los persas, después de sofocar la revuelta, juraron vengarse de Atenas, y procedieron a la invasión de Grecia. Pero en 490 la infantería ateniense, en la llanura de Maratón, y en 480 la flota ateniense, en la bahía de Salamina, enfrentaron y derrotaron a las fuerzas muy superiores del invasor. Estas victorias asombraron al mundo, y se sacó la conclusión de que el nuevo experimento de la democracia debía considerarse un brillante éxito. El historiador de esos dramáticos sucesos, Heródoto, dice que "Los atenienses ganaron en estatura: y resulta evidente que la igualdad política es por todos los conceptos una cosa valiosa, si reflexionamos que los atenienses, cuando estaban gobernados por un tirano, en modo alguno superaban a sus vecinos en coraje, pero cuando se liberaron de la tiranía se pusieron a la cabeza de todos. Salta a la vista que mientras estaban sometidos se hacían los cobardes, pues sus esfuerzos sólo habrían servido los intereses de su amo; pero una vez que estuvieron libres, todos rivalizaron en luchar por sus propios intereses".

La gloria de este primer experimento democrático rodea hasta hoy como un halo el nombre de Atenas. Ella fue, para Shelley, el "primer trono" de la libertad; la gran historia de Grecia, obra de Grote, es un homenaje a la democracia ateniense; la creación de los dos grandes arquitectos de la constitución democrática,

Solón y Clístenes, continúa despertando la admiración de los filósofos políticos mejor informados, que no vacilan en comparar el genio de aquellos hombres con el de los estadistas más afamados de las épocas modernas. Asimismo, el gran florecimiento de la literatura en la Atenas del siglo V no puede comprenderse sino en el ambiente de la democracia ateniense.

Las máximas creaciones literarias de la Atenas del siglo V fueron el teatro, la historia y la oratoria. El teatro ateniense, tanto en la tragedia como en la comedia, es inconcebible fuera de la atmósfera de la Atenas de esa época. Las obras se representaban ante toda la ciudadanía, en festivales religiosos periódicos que eran organizados y costeados por el Estado. Es un indicio significativo de la realidad de las libertades políticas de entonces, que los hombres que ocupaban una posición de tanta responsabilidad pública como los dramaturgos atenienses hayan retenido una individualidad tan pronunciada de pensamiento y de estilo. Pero al mismo tiempo esta estrecha relación entre el poeta y toda la ciudadanía es probablemente el fundamento del equilibrio y la normalidad del teatro ateniense, que en medio de todo su rico contenido intelectual y su tono elevado mantiene un contacto vital con la existencia del hombre común. Justamente a los mismos atenienses que habían ganado la batalla presentó Esquilo, en *Los Persas*,

una versión dramática de su triunfo en Salamina. Sófocles, maestro insuperable en el arte de gobernar las emociones, tuvo a su mando, como general en el campo de batalla, a los mismos hombres a quienes en el escenario presentara el drama de la desgracia y la muerte de Ayaz, o la historia de los traicioneros tratos de Odiseo con el inválido Filoctetes, Eurípides, escéptico, crítico, campeón de las causas impopulares, defiende los derechos del extranjero y del esclavo, preconiza la emancipación de la mujer, denuncia las debilidades de la religión del Estado y ataca la glorificación de la guerra, como quien vive en una atmósfera de pública discusión y espera influir en la política pública con sus alegatos. Esta actitud se acentúa todavía más en la comedia de Aristófanes, que no deja nunca de ser polémica. Pone en el escenario a los poetas, los filósofos y los hombres públicos de su propia época, y en las animosas tiradas contra ellos podemos todavía captar el eco de la libertad de palabra que caracterizó a la democracia del siglo V en Atenas.

Ese mismo espíritu público influyó decisivamente en las obras de historia escritas en aquella época. Entre los historiadores atenienses debemos incluir a Heródoto, pues si bien éste nació en Halicarnaso, del lado asiático del Egeo, vivió en Atenas, donde halló un hogar natural, ya que los atenienses pertenecían a la rama jónica de

los griegos, y él fue precisamente el historiador de su máxima hazaña: la victoria sobre los persas. Había vivido anteriormente entre los griegos que habían caído bajo la dominación meda. Luego vivió en Atenas, que al menos por un tiempo había sacudido el yugo persa de los hombros de los griegos. Heródoto creyó que esta hazaña podía atribuirse a la nueva forma de constitución de Atenas. Su historia es el primer gran tributo a la democracia. Mientras la estaba escribiendo iba siendo leída al público ateniense.

A su sucesor, Ticídides, el destino le reservó una tarea más ardua y menos grata.

Atenas, después de su victoria sobre los persas, se convirtió naturalmente en la ciudad rectora del mundo helénico. Para resistir al medo, se constituyó una federación de unas doscientas ciudades griegas, con Atenas a la cabeza. Pero la confederación pronto fue convertida por Atenas en un imperio, sus aliados se transformaron en sus súbditos y la protectora de Grecia en su tirana. Cuando medio siglo después de la batalla de Salamina Esparta tomó las armas contra Atenas, Tucídides comprendió que no se trataría meramente de una lucha de los dorios contra los jonios, de la oligarquía contra la democracia, de una potencia terrestre contra una potencia marítima, sino que los aliados-súbditos aprovecharían también la oportunidad para rebelarse contra Atenas y recobrar la independencia. Al

cabo de veinticinco años de amarga lucha, Atenas terminó por caer completamente derrotada. Ésta fue la guerra de la cual Tucídides se convirtió en historiador.

Su libro fue la obra de su vida. Su estilo es austero, casi agresivo; expresa en el prefacio su desprecio por las artes de atracción popular innatas en Heródoto, quien, con ser un gran genio, era también un exiliado que debía ingeniárselas para vivir. Los críticos tachan sus escritos de indiferentes, prescindentes y fríos. Cierta vena colorida que aparece en su relato, donde su tono adquiere una fácil fluidez narrativa, fue denominada por un crítico de la antigüedad "la sonrisa del león". Pero Tucídides es en realidad uno de los escritores más apasionados. Amaba la civilización que vio derrumbarse en la guerra entre Atenas y Esparta, pero sabía que no eran sus emociones las que interesarían a la posteridad. Con una serenidad tan digna como la de Homero, y un humanitarismo tan sabio como el de su contemporáneo el gran médico Hipócrates, se puso a la tarea de investigar objetivamente las causas del desastre. Sin decirlo expresamente, nos da a entender que se propone crear una ciencia de la sociedad: "No me he aventurado a hablar de los sucesos de la guerra basándome en informaciones fortuitas, ni según nociones propias; sólo he descrito lo que vi por mí mismo o lo que he sabido por otros, acerca de

quienes hice las más cuidadosas y minuciosas averiguaciones. La tarea ha sido laboriosa, pues los testigos presenciales de un mismo acontecimiento dan de él diferentes versiones, en la medida que recuerdan las acciones de uno u otro bando, o están interesados en ellas. Y es muy probable que el carácter estrictamente histórico de mi narración pueda decepcionar el oído. Pero quien desea tener ante su vista una verdadera descripción de lo ocurrido, y de los sucesos parecidos que pueden esperarse entre los hombres en lo venidero, juzgará que mis escritos son útiles, y con eso me daré por satisfecho. Mi historia es una posesión perdurable, no una composición premiada que se escucha y luego se olvida".

De la oratoria que fue el ornato de su época, sólo podemos decir aquí que constituyó el instrumento necesario para que un hombre pudiera influir sobre sus semejantes en una reunión pública, ya se tratara de un tribunal o de una asamblea donde se debatieran cuestiones políticas. De modo que se trataba de un producto característico de la democracia. También es peculiar del temperamento artístico griego por haber asumido rápidamente una forma externa definida. El discurso ateniense tiene una pauta fija, como un poema lírico o un templo. Mucho podría decirse al respecto; nos limitaremos a una observación: que en cualquier composición que ha de

presentarse ante el público, la existencia de una pauta tiene la ventaja evidente de que tanto el oyente como el orador saben en qué situación se encuentran, y cuándo se aproxima el desenlace. Se trata de una cortesía elemental hacia el auditorio, que de todos modos pronto le sería impuesta al orador en el ambiente franco de la vida pública ateniense.

Se han hecho muchos y muy diversos intentos de analizar la cualidad esencial de la vida ciudadana griega. En un pasaje anterior del presente ensayo, cuando estimamos necesario recordar al lector que los griegos no habían inventado las artes en que se basa la vida urbana, y que no llegaron a vivir en ciudades sino miles de años después que otros pueblos, prometimos explicar, si pudiéramos, las características distintivas de su existencia ciudadana pues ellos mismos consideraban bárbaros a quienes no compartían sus instituciones e ideales políticos. Sin embargo, los griegos participaban, junto con quienes llamaban bárbaros, de un ideal, que llegó a su máxima expresión en Esparta, pero que fue también la base de la vida ateniense a saber, que todo el trabajo pesado del campo y de los talleres debía quitarse de los hombros de los ciudadanos y cargarse sobre las espaldas de una abatida población esclava. Pero para la ciudadanía tenían un noble ideal de libertad. Un escritor contemporá-

neo[1] halla el secreto de su libertad en su aceptación del principio de la voluntad mayoritaria. Estaban dispuestos (claro que dentro de ciertos límites) a poner las cuestiones a votación y acatar los resultados de ésta; podemos suscribir esta opinión. Y podemos también coincidir con dicho autor cuando dice lo siguiente: "Habían captado la profunda verdad de que el desarrollo del carácter y del intelecto no depende tan sólo de la naturaleza individual, sino también de una forma de sociedad que exige a sus miembros que ejerzan sus facultades tanto en el interés público como en el propio... La ciudad de Atenas fue el Estado donde el principio de la *res publica* alcanzó su máxima expresión en toda Grecia".

[1] Lionel Curtis, *Civitas Dei*, vol. I.

Capítulo VI

SÓCRATES, PLATÓN Y ARISTÓTELES

Para muchos historiadores, el desarrollo de la filosofía en Atenas, representado por los tres grandes nombres que encabezan este capítulo, constituye el movimiento intelectual más importante de la antigüedad, y aun de toda la historia escrita del pensamiento humano. Si nos limitamos a considerar la estatura intelectual de los tres filósofos, es difícil discutir esta opinión. Pero si se procede a examinar el movimiento de ideas que representan, en su relación íntima con la estructura de la sociedad de su época, sus títulos al respeto de la posteridad disminuyen notablemente. Los historiadores de la pura filosofía pueden darse por satisfechos con examinar, y aplaudir, la audacia y el ingenio del pensamiento de esos grandes maestros. Pero el estudioso de la sociedad debe también tomar en cuenta su origen y función sociales.

En la Era Neolítica, a la que nos hemos referido en un capítulo anterior, cuando se descu-

brieron las artes y los oficios básicos mediante los cuales el hombre arranca a la tierra los medios de su existencia material, la mente del hombre tuvo necesariamente que proyectarse hacia el exterior, obedeciendo a las persistentes exigencias de su lucha con la naturaleza. Su ciencia, por simple e irreflexiva que fuera, tenía en común con la ciencia moderna la propiedad de constituir su medio de dominio sobre la naturaleza bruta. Cuanto más estaba en contacto directo con la naturaleza, más progresaba su ciencia; ésta daba un paso adelante cada vez que el hombre arañaba la tierra, arrojaba la simiente y cosechaba su producto. Sus problemas eran la determinación de la temperatura para hornear su alfarería, las proporciones de la aleación de cobre y estaño o qué debía comer cuando estaba enfermo. Y tales problemas sólo podía resolverlos mediante el experimento, adquiriendo conocimientos cada vez mayores sobre las cosas materiales.

Durante la época de la ciencia jónica, cuando el saber adquirió carácter especulativo, y cuando se reconoció que la teoría era la organizadora y la guía de la práctica, el carácter de la ciencia cambió porque había cambiado también la situación de los investigadores. El hombre de ciencia ya no era un artesano. Los cambios que habían introducido en la sociedad los descubrimientos artesanales habían creado una clase de hombres

que ya no estaban obligados, para poder vivir, a participar en la lucha con la tierra. No obstante, para los mercaderes de Mileto la ciencia tenía aún un objeto práctico. Es cierto que poseían lo que se llama la curiosidad científica desinteresada; eran curiosos de la naturaleza y les interesaba averiguar sus fenómenos, como le sucede a todo ser humano, en la medida de su inteligencia, si se le da la oportunidad. Pero su curiosidad estaba condicionada por sus circunstancias. Estudiaron los astros, no porque les interesaran más las estrellas que los renacuajos, sino para poder guiar sus buques. Estudiaron matemática, porque la necesitaban para la arquitectura, la navegación y otros fines prácticos. Trazaron mapas del mundo conocido, porque estaban explorándolo, recorriéndolo con su comercio, y poblándolo con sus colonias. Comenzaron a escribir su historia, porque estaban en una relación constante y vital, ora hostil, ora pacífica, con sus pueblos.

Este tipo de ciencia no careció de representantes en Atenas durante el período del que nos ocupamos en el último capítulo. En la época de Pericles, el gran estadista que guió los destinos de la democracia ateniense en los días anteriores al estallido de la guerra del Peloponeso, cuando los atenienses percibían tributo de doscientas ciudades, cuando sus teatros, sus tribunales y sus puertos estaban colmados de visitantes, liti-

gantes y mercaderes de ultramar, era natural que los estudiosos se dirigieran también a la ciudad que iba convirtiéndose, tanto cultural como políticamente, en la rectora del mundo griego.

Y así es como de Clazomene, ciudad de la costa asiática del Egeo, llegó Anaxágoras, producto típico de la ciencia jónica. Muy bien enterado de las opiniones de sus predecesores, sostenía a su vez una original teoría sobre la constitución de la materia, deducida de observaciones fisiológicas como las practicadas en la escuela médica de Cos. Por tanto, la ciencia de Anaxágoras era esencialmente de índole jónica, o sea una teorización basada en la observación de los hechos. Y tan convencido estaba de la eficacia de su modo de entender el universo, que no vaciló en aplicar sus interpretaciones materialistas al sol y a la luna, que los atenienses tenían por divinidades. O bien, aunque no las consideraran tales, por lo menos todos los atenienses respetables estaban convencidos de que se desmoronarían totalmetne la ley y el orden si no se les reconociera como deidades. En consecuencia, cuando Anaxágoras opinó que el sol era una piedra caliente y la luna un trozo de tierra del tamaño aproximado del Peloponeso, fue acusado de impiedad, sin que pudiera protegerlo siquiera la amistad de Pericles, y huyó de la ciudad, que no debía contaminar con el ateísmo jónico, para refugiarse en Lampsaco, en los Dardanelos. Era

evidente que la filosofía, para prosperar en Atenas, debía enarbolar una bandera que no fuese la del materialismo jónico.

La revuelta contra este último, y la nueva orientación impresa a la filosofía, fueron obra del hijo más conocido y amado de Atenas, o sea el propio Sócrates. Cuenta la tradición que era hijo de una partera, y que él, por su parte, ejercía el oficio de escultor en mármol. Deducir de ello que perteneciera a la clase artesana sería un gran error. Toda su carrera indica a las claras que se trataba de un hombre ocioso que se movía en los círculos más elevados de la sociedad ateniense. El fermento intelectual de su época lo atrajo en su juventud hacia el estudio de la especulación jónica, y es muy probable que durante un tiempo haya dirigido una escuela de investigaciones a la manera de los jónicos. De ser así, sólo puede haberle interesado en forma académica, y no es sorprendente que con su temperamento fervoroso pronto la haya abandonado. Pues la ciencia jónica, que había mantenido una relación vital con la existencia de los griegos de la Jonia, sólo era una moda intelectual en Atenas, donde nunca consiguió echar raíces profundas. Sócrates le pidió lo que aún no podía dar, y al no recibir respuesta, la desechó por inútil.

En efecto: las cuestiones que Sócrates trataba de resolver nada tenían que ver con el

dominio del hombre sobre su medio material. En los círculos donde actuaba, esas preocupaciones eran vulgares. La educación genuina, y la auténtica ciudadanía, en opinión de la clase dominante de Atenas, correspondían a aquellos que por su fortuna se veían libres de la necesidad del trabajo manual. La palabra "escuela", en griego, significa "ocio". El concepto de la educación liberal significaba la que era digna del hombre libre; nada estaba más lejos de ella que el aprendizaje de un oficio. "La actividad industrial del ciudadano ateniense se basaba por entero en el trabajo de los esclavos. Si poseía una fábrica, la dirigía su esclavo de confianza, quien daba las órdenes a los trabajadores; y algunos de éstos eran a su vez esclavos. Si era comerciante, un esclavo actuaba como su mano derecha. Si tenía un banco, todas sus actividades estaban a cargo de esclavos y libertos".[1] Había, como dijo Aristóteles, una ciencia del amo y otra del esclavo. Y la ciencia del amo, como tal, era muy fácil. El esclavo tenía que saber cómo hacer las cosas, y el amo sólo debía ordenarle que las hiciera. En tales circunstancias, sigue diciendo Aristóteles, lo mejor es delegar hasta la función de la vigilancia en un esclavo, y quedar completamente libre para actividades superiores.

[1] Rostovtzev, *A history of the ancient world*, vol. I, pág. 289.

Semejante sociedad ofrecía un terreno completamente impropio para el cultivo de lo que llamamos ciencia; y en verdad, Sócrates no se interesaba por ella. Lo preocupaba profundamente la corrupción de la vida política de su época y la ausencia de toda orientación segura para una vida recta, y se creía llamado a reformar su ciudad natal. Era un hombre de profundo genio moral, que durante sus largos períodos de intensa contemplación, cuando permanecía durante horas como sumido en un trance, se sentía inspirar los principios de conducta por los cuales, con terco coraje, habría de guiarse luego durante el resto de su vida. Sus más íntimas convicciones respondían a las enseñanzas de la secta pitagórica, a saber, que el alma humana es un principio inmortal, temporariamente alojado en el cuerpo, pero cuya verdadera morada no es de este mundo. La misión que se creía llamado a cumplir para con los atenienses, era predicarles la inmortalidad del alma, y revelarles los eternos valores que ésta posee en su existencia pura, separada de este mundo corrupto. Ésa era la ciencia que deseaba alcanzar. Rechazaba la especulación física de los jonios, porque no le parecía que ésta lo ayudara en su empresa; su preocupación por las cosas materiales no hacía sino embrollar el alma con el cuerpo y dificultar su huida definitiva de éste.

¿Pero dónde podían hallarse estos valores

eternos? ¿Y cómo podría abrir los ojos de sus semejantes para revelarles su existencia y convencerlos de su verdad? Sus maestros pitagóricos le dieron la respuesta. La escuela de Pitágoras había desarrollado en grado notable la matemática. Es ésta una ciencia deductiva, basada en unas pocas suposiciones fundamentales. En geometría, por ejemplo, si aceptamos las definiciones del punto, la línea, la superficie, y algunas otras, es posible construir sobre esa base, mediante un procedimiento de deducción, una estructura lógica cuya verdad, en el sentido de la coherencia, es independiente de la experiencia. Los pitagóricos habían tratado de fundar una ciencia de la ética igualmente deductiva, y Sócrates los siguió en ese camino. Lo que buscaba eran definiciones de todas las virtudes que fueran tan claras y convincentes como las definiciones de la geometría, y de validez igualmente eterna. De sus perpetuas conversaciones con sus amigos y conocidos, en busca de las definiciones de las virtudes, nació la ciencia de la dialéctica. Era la búsqueda de una realidad independiente de la experiencia. Se basaba en la presunción de que lo que llamamos la geometría euclidiana (pues los pitagóricos inventaron la mayor parte de ésta) constituye precisamente ese conocimiento de la realidad. Y procuró completar realidades tales como los triángulos, los cuadrados y los círculos, con otras realidades, a saber, la Ver-

dad, la Belleza y la Bondad en sí mismas, o sea, la Idea Absoluta de la Verdad, la Idea Absoluta de la Belleza, la Idea Absoluta del Bien. Evidentemente, esta clase de conocimiento, suponiendo que exista, es completamente distinta de lo que nosotros, como los filósofos jónicos, entendemos por ciencia. Ésta, a nuestro entender, es un intento de organizar la experiencia, y la matemática no es más que un medio para ese fin. Para Sócrates la verdadera ciencia era independiente de la experiencia; y una técnica como la matemática, cuya función es la de un medio para el conocimiento de la realidad material, se le presentaba erróneamente como la realidad misma.

Una objeción similar puede formularse contra su ética. No se trata solamente de que su ideal de justicia no mostrara preocupación alguna por lo que llamaríamos justicia social, es decir, el esfuerzo por distribuir equitativamente el peso y los beneficios del trabajo entre todos los miembros de una comunidad. La propia concepción de una ética divorciada de la experiencia y de la historia, es falsa en su integridad. ¡Qué descenso a partir de la sabiduría de Tucídides, que no trataba de definir lo indefinible, de captar valores absolutos divorciados de toda relación con el espacio y el tiempo, sino de entender el secreto del proceso histórico durante el cual Grecia había alcanzado cierto módulo de civilización y luego había procedido a destruirlo! La

búsqueda de lo Absoluto es una quimera. "Los términos de Bello, Bueno, Noble, Grande, Perfecto", exclama Montesquieu, "son atributos de los objetos en relación con los seres que los contemplan. Hay que meterse este principio en la cabeza. Es la esponja que borra casi todos los prejuicios; es el mayal que sacude la paja de la filosofía de la antigüedad". Montesquieu, que, como Tucídides, trataba de entender los principios que gobiernan la grandeza y la decadencia de los Estados, halló que la ética de Sócrates constituía un obstáculo en su camino.

Sin embargo, la ética socrática hizo un aporte de máxima importancia para el adelanto del conocimiento. La ciencia física no agota la experiencia del hombre. Su vida interior, sus aspiraciones, sus luchas, sus sentimientos de honorabilidad o de culpa, son hechos de la experiencia tan reales como los mensajes que le transmiten sus cinco sentidos. Sócrates tenía razón al creer que ése era también un terreno que debía cultivarse. Estaba en lo cierto al afirmar, por primera vez, que "el estudio propio de la humanidad es el hombre". Pero su error era el de introducir una separación absoluta entre el alma y el cuerpo, y en sus esfuerzos por elevar sus intuiciones de la virtud al rango de valores absolutos. En este aspecto, si lo hubiera sabido, la ciencia jónica podría haberle señalado el buen camino. Para que el hombre pueda aprender a dominarse

a sí mismo, debe aprender a considerarse como un organismo viviente en un ambiente material, con el que mantiene una constante interacción. Su ética debe fundarse en la historia, a saber, la del origen del hombre y del desarrollo de la sociedad humana. Ésta fue la profunda intuición de los filósofos jónicos. Pero cuando sus prematuras y contradictorias conclusiones fueron voceadas en la plaza del mercado de Atenas, y se apoderaron ansiosamente de ellas una serie de ingenios superficiales pero astutos, que las utilizaron para quebrantar la moral tradicional y abrir paso a la licencia privada y la corrupción pública, Sócrates tuvo razón para exclamar: "Conócete a ti mismo", y para exhortar a sus conciudadanos a que consultaran sus propias conciencias.

A través de sus continuas discusiones con toda clase de interlocutores en los lugares públicos de Atenas, Sócrates adquirió una reputación de sabiduría que pronto superó los límites de su ciudad natal. Vinieron a visitarlo hombres procedentes de todo el mundo griego, y se convirtió en un símbolo nacional, no sólo por su método novedoso de buscar la verdad mediante la discusión, es decir, el método dialéctico, sino también por su sabiduría práctica, su encanto singular y su nobleza de carácter. Era tan independiente en la acción como en la opinión, y era invencible por su valor moral. Desafió las pasio-

nes de la democracia ateniense en su fase más desenfrenada, y desafió asimismo el poder de los Treinta Tiranos, una junta oligárquica que por un tiempo se apoderó de las riendas del gobierno en Atenas. Y cuando su independencia política lo llevó ante los tribunales, bajo una falsa acusación de sedición y ateísmo, aprovechó la oportunidad que le ofrecía el proceso para justificar toda su carrera, haciéndolo con tal audacia que aunque aseguró su condena a muerte, ganó al propio tiempo fama imperecedera como el primer mártir de un ideal al servicio de la humanidad. Su misión debía desarrollarse en Atenas; para él no había Lampsaco. Sócrates no dejó escritos propios, pero era tan amado y admirado que fue objeto de muchas memorias. Se inventó un nuevo estilo de composición, el diálogo filosófico, mediante el cual se procuró mantener vivo el recuerdo del gran maestro, tal como éste se había comportado durante la discusión en el círculo de sus amigos y discípulos.

De los autores de esos diálogos socráticos, el más grande, sin punto de comparación, fue Platón. Discípulo de Sócrates desde su juventud, era un ateniense de elevada cuna, cuyo destino natural hubiera sido una carrera política. Después del martirio de su maestro, disgustado tanto de la democracia como de la oligarquía de Atenas, abandonó todo interés en la actividad política y se dedicó a continuar la búsqueda so-

crática de un verdadero sistema de ética. Su esperanza última era redimir a la sociedad preparando a un grupo de idealistas que, una vez seguros de la teoría y la práctica de la virtud, entrara en el escenario político para salvar a los hombres de las consecuencias de su egoísmo y su locura. Después de un largo período de viajes, luego de la muerte de su maestro, volvió a instalarse en Atenas cuando tenía unos cuarenta años, y fundó una institución llamada la Academia, en la cual, durante los cuarenta años restantes de su larga vida, dictó cursos regulares sobre aquellas ramas de la ciencia que podía aprobar. De vez en cuando continuó dando a conocer al público, en la forma más popular de diálogos socráticos, sus opiniones sobre ética, política y metafísica. Todos los diálogos que publicó, unos treinta, algunos muy extensos, han llegado hasta nosotros. *La República* consta de diez libros, y *Las Leyes*, de doce. No sabemos cuál era el contenido de su enseñanza oral en la Academia.

Aparte de sus méritos filosóficos (o como podría decirse más honradamente a menudo, pese a sus defectos filosóficos), los *Diálogos* son de extraordinario interés. De estilo brillante, abiertos a una vasta variedad de ideas, iluminan la vida de la Atenas de Pericles con una serie de estudios de los caracteres de personalidades eminentes en el mundo del pensamiento y la vida

pública, agrupadas todas en torno a la figura señera de Sócrates. Al re-crear la personalidad de éste, diálogo tras diálogo, abordando diversos temas de perenne interés humano y revelando el pensamiento y la conducta del Maestro en diferentes etapas de su carrera, Platón creó un retrato literario que se ha convertido en una parte de la educación de la raza humana. En los *Diálogos*, por vez primera, aparece una biografía espiritual, un retrato en tamaño natural de un hombre cuyo mérito y cuyo genio peculiares residían en haber dirigido su mirada hacia sí mismo con valor intrépido, tratando de adquirir la conciencia de su propio ser y de explicar a los demás los principios de su vida moral. Así ganó una nueva profundidad el concepto de la personalidad humana, y se presentó un nuevo ideal para que los hombres lo imitaran.

Debe observarse, empero, que al criticar a Sócrates por su erróneo ideal ético hemos estado criticando a Platón, de quien proviene la mayor parte de la información que tenemos sobre el primero. Y ahora convendría examinar en el más celebrado diálogo de Platón, *La República*, el medio social donde se originó ese modo defectuoso de pensar. Empecemos por manifestar que el objeto de *La República* es definir la idea de la justicia.

Al iniciarse el diálogo, Platón explica que todo Estado necesita de agricultores, albañiles, sas-

tres, zapateros, carpinteros, herreros, pastores, ganaderos y muchos otros productores. Pero éstos sólo son los proveedores de la base material del Estado: no son el Estado mismo. El Estado real lo constituyen los hombres de recursos independientes, que pueden costearse un caballo o una armadura, y que como soldados, preservan la seguridad de todos. Entre ellos deben elegirse los magistrados. Éstos son los verdaderos Guardianes del Estado, y la clase de la cual se seleccionan es la de los Auxiliares de los Guardianes.

Advirtiendo la inseguridad de una sociedad así dividida en clases (fundada, podríamos decir, en una palpable injusticia, aunque todo el objeto declarado de *La República* sea un intento de definir la idea de la Justicia Absoluta), Platón comprende la conveniencia de darle un fundamento moral mediante la creación de un mito oficial. A los mitos de este tipo, necesarios para la existencia de la sociedad, Platón los llama "nobles mentiras". El mito particular sugerido para satisfacer la necesidad recién mencionada, pretende que la naturaleza ha creado hombres compuestos de tres maneras diferentes: unos, con cierta proporción de oro, a saber, los Guardianes; otros, con una parte de plata, los Auxiliares, y los terceros, con partes de los metales inferiores, el hierro y el cobre; a saber, los trabajadores.

A cada clase corresponden diferentes virtudes. La virtud de los Guardianes es la sabiduría; la de los Auxiliares el valor, y la de los trabajadores, la templanza. Si todas estas virtudes se observan en efecto, prevalecerá la justicia en todo el Estado. Esta estructura política de las virtudes se traslada luego a la psicología del individuo. En el alma hay tres partes, es decir, una parte racional, que corresponde a la Sabiduría de los Guardianes, y que debe regir el todo; una parte animosa, que corresponde a la virtud del Valor de los Auxiliares, y que debe cooperar con la sabiduría en la represión de la tercera parte, pues esta última es el elemento codicioso del hombre, cuya férula es la Templanza, virtud de los trabajadores. Es innecesario destacar la tendencia conservadora de esta concepción de la política y de la ética.

Para poner las sociedades actuales en armonía con este ideal, se precisa la dictadura del filósofo. Por tanto, es esencial poder distinguir al filósofo verdadero del falso. El primero es el que estudia lo Real; el segundo estudia los fenómenos. Debe advertirse aquí que por lo Real, Platón entiende el mundo de lo Absoluto, el mundo de las Ideas, el Triángulo, el Círculo, el Cuadrado, lo Bueno, lo Justo, lo Bello y lo Verdadero; mientras que los fenómenos que estudia el seudofilósofo son los del mundo de la experiencia, que hoy consideramos como el asunto de

la ciencia. Hay dos mundos, explica Platón: el visible, tal como se presenta a nuestros ojos, del cual se ocupa el falso filósofo, y el intelectual, entendido por la razón pura, al que se dedica el verdadero filósofo, o sea el filósofo platónico.

Las ciencias saludables, que apartan a la mente del mundo visible de los fenómenos y la conducen hacia el mundo inteligible de lo real, son la aritmética, la geometría, la astronomía, la armonía y la dialéctica. En el sistema de Platón, todas ellas son ciencias abstractas. Ni siquiera la astronomía tiene que ocuparse de contemplar el cielo; debe ser una ciencia abstracta del movimiento. Éstas son las materias que deben enseñarse a los Guardianes en la República ideal. Ellas suministran la disciplina mental para la clase gobernante; una disciplina encaminada, en última instancia, a la conservación de cierto tipo de sociedad, y no al progreso del conocimiento de la naturaleza.

Los historiadores idealistas acostumbran tratar este sistema como un gran paso adelante en el camino hacia la ciencia moderna. Se dice que la matemática es la única ciencia que podía considerarse plenamente constituida en la época de Platón, y que al tomar la geometría por modelo de todas sus ciencias éste seguía el mejor rumbo posible para el progreso. Al que esto escribe, ello no le parece cierto. En el mundo de Platón había dos ideales divergentes de conocimiento.

La investigación jónica se dirigía al conocimiento de los fenómenos. Platón consideraba que éstos constituían un obstáculo para el estudio de la realidad. Para los jonios, la matemática era aproximadamente lo que es para nosotros: un recurso para el dominio del mundo fenoménico. Para Platón era un fin en sí mismo, el verdadero conocimiento de la realidad. La ciencia jónica era de alcance limitado, porque la división de la sociedad en clases había separado al hombre de ciencia del conocimiento de los materiales y de los procesos técnicos; pero en materias como la medicina, la astronomía, la cosmología y el estudio de la estructura de la materia, cuyas profesiones no se consideraban serviles, el progreso era seguro. Platón no sólo estaba divorciado del conocimiento de los materiales, sino que desconfiaba de la vida mercantil y comercial que había constituido la base material de la sociedad jónica. Para él, el mar era una influencia perturbadora, fuente de toda inquietud y todo cambio. Su ideal era una comunidad aislada, consagrada a las labores agrícolas. Pero no por ello previó alteración alguna en los métodos tradicionales de explotación de la tierra. Por tanto, su idea de la educación nada tenía que ver con el dominio del mundo material, sino que se dirigía a dos fines: la perpetuación del tipo de sociedad que admiraba en este mundo y la consecución de un destino feliz para el alma en el más allá. Era

indiferente, o bien, según veremos, hostil, inclusive a la ciencia jónica, limitada como ella era. La ciencia abstracta de la matemática progresó en la Academia. También contribuyó ésta a los principios de la futura ciencia de la lógica formal. Pero éstas fueron las únicas vías de progreso abiertas a Platón. No le interesaba la educación en el sentido de impartir el conocimiento de las leyes naturales, sino la disciplina mental de los Gobernadores de su peculiar tipo de Estado.

Conforme a sus estrechos ideales, Platón procede luego a proscribir de su Estado a todos los elementos incompatibles con sus fines. Es bien sabido que en *La República* destierra a Homero y a los dramaturgos. Ello no representa una aberración ni un capricho, de parte del legislador utopista. Platón comprendía claramente que la sociedad no sólo se funda en reglas positivas dirigidas a fines particulares, sino también en una concepción de la naturaleza última de la realidad. La idea de una revelación progresiva de la naturaleza de la sociedad era plenamente incompatible con su ideal de una sociedad fija, pues habría terminado por arrebatar el poder de manos del legislador, y Platón no estaba dispuesto a ello. Él mismo expone la naturaleza de la realidad última, al principio, como un ensayo, pero posteriormente se decide a imponer su concepción como una ortodoxia. Ésta es la función del

Mito en sus diálogos políticos. En ese dominio es donde le afecta la competencia de los poetas, que habían sido los primeros maestros de los griegos, y por esa razón los destierra, pues su autoridad era demasiado grande, y su popularidad demasiado vasta. La prohibición anunciada por primera vez en *La República,* se repite cuarenta años después en *Las Leyes.* Allí, una vez más, se exponen los alegatos de los dramaturgos en favor de su admisión en el Estado ideal, y cuando Platón, en su angustiado pensamiento, decide que debe expulsarlos, se expresa como un magistrado. No puede admitir que usurpen la prerrogativa del Estado en cuanto a la regulación de la opinión. En efecto, Platón no podía esperar que Eurípides omitiera el empleo de todos los recursos de su arte para desacreditar su ideal.

Pero las exigencias de su ideal político no lo obligaron tan sólo a proscribir a los poetas. En *Las Leyes* también los hombres de ciencia jónicos y sus escritos caen bajo la proscripción. Tanto como los poetas eran ellos capaces de disputar al Estado el dominio de la opinión. Sus especulaciones cosmológicas suplantaron las de los poetas. En la época en que escribió *Las Leyes,* Platón estaba convencido de que si no se inculcaba la creencia en las múltiples deidades de Grecia, la sociedad se tambalearía sobre sus cimientos. *Las Leyes,* en muchos aspectos, recuer-

dan más la organización de un monasterio medieval que la de un Estado moderno. En ellas se impone una perpetua sucesión de menudos ritos religiosos, para mantener a los ciudadanos en la actitud espiritual apropiada. La ciencia jónica era incompatible con este ideal. Platón no podía admitir que en su comunidad se introdujeran hombres que, fundándose en los resultados de la observación de los fenómenos, se presentaran con el anuncio y con la prueba de que los cuerpos celestes eran de composición térrea, o de que no se movían en círculos perfectos a velocidades regulares; hombres que pudieran sostener que el alma misma era un fenómeno, y que como cualquier otro ser que adviene a la existencia, debía seguramente morir. De modo que promulga una censura frenética de las doctrinas de los filósofos jónicos, y ni siquiera se detiene ante la imposición de la sentencia de muerte a los partidarios obstinados de las mismas.

Montesquieu, que comprendió que el estudio de *La República* y de *Las Leyes* de Platón, y de la *Política* de Aristóteles proporcionaba una visión más íntima de la condición de la sociedad antigua que todas las descripciones de los historiadores, dijo después de examinar las ideas políticas de Platón: "Su República no es más ideal que la de Esparta". Este reproche es justo. El ideal de Platón era el de una aristocracia terrateniente disciplinada, mantenida con el trabajo

de los esclavos, y la lógica de su ideal fue conduciéndolo cada vez más, en su concepción cultural, hacia la ignorancia decretada de Esparta. Tampoco debe olvidarse la suerte que cabe a los esclavos en su Utopía. Cuando Aristóteles, en su *Política,* al afrontar uno de los problemas prácticos que plantea el ideal platónico de la sociedad, a saber, la obtención de un adecuado suministro de esclavos, dice que "desde cierto punto de vista el arte de la guerra es un arte natural de adquisición, pues éste incluye la caza, y la caza debe practicarse tanto contra los animales salvajes como contra aquellos hombres que a pesar de haber sido creados esclavos por la naturaleza se resisten a someterse, pues ese tipo de guerra es naturalmente justo", al adoptar este tono, por brutales que parezcan sus palabras, no hace más que dejar explícita la base implícita de la Utopía de Platón. En materia de justicia social ni Platón ni Aristóteles superaron el nivel de su época.

Pero en otras obras ajenas a la política, la ciencia de Aristóteles se emancipa de las restricciones impuestas por el ideal platónico de la sociedad, Aristóteles era hijo de un médico de la corte de Filipo de Macedonia. Antes de cumplir veinte años dejó su Estagira natal para ingresar como estudiante en la Academia de Platón, en Atenas. Su aprendizaje duró veinte años, y sólo terminó con la muerte del Maestro. Pos-

teriormente, el propio Aristóteles estableció una nueva escuela en Atenas, el Liceo, que pronto rivalizó con la fama de la Academia.

La fortuna de los escritos de Aristóteles es la inversa de la que corrieron los de Platón. No poseemos ninguna de sus obras publicadas, pero sí una vasta colección de tratados, en forma más o menos lista para la publicación, que contienen los cursos dictados por el filósofo en el Liceo. Estos tratados revelan un sistema de pensamiento muy coherente, en el cual las enseñanzas de la Academia son sistematizadas, criticadas, rechazadas en parte, y en parte completadas con nuevos aportes. La crítica que Aristóteles hace del platonismo lo conduce a la negación de la concepción platónica de la realidad. Para Aristóteles el mundo fenoménico es el mundo real, pero reconoce en todo fenómeno dos elementos: forma y materia. La forma corresponde al mundo platónico de las ideas, al mundo "real" inteligible de Platón, pero carece de existencia separada. Sólo existe en unión de la materia, y sólo puede estudiarse investigando los fenómenos materiales. Por tanto, la matemática y la lógica cesan de ser fines en sí mismos, ciencias de la realidad, y se convierten en medios para el estudio de fenómenos.

Desde este punto de vista, Aristóteles procede a una renovación de la ciencia. La psicología se transformó mediante la admisión de la inter-

dependencia del alma y el cuerpo. La ética fue reconstituida sobre la base del reconocimiento de la autonomía moral del individuo. En cuanto a las ciencias naturales, los progresos más notables se efectuaron en la biología. Habiendo superado los obstáculos teóricos que el platonismo oponía a la investigación de los fenómenos, Aristóteles se dedicó, con una euforia intelectual que aún hoy puede discernirse claramente en sus escritos, al paciente examen de las múltiples variedades de la vida animal. Disipados los velos de la Academia, volvía a ser el hijo del médico. Su *Historia de los animales,* junto con otros tratados suyos de índole similar, es, probablemente, la mayor contribución a la ciencia jamás aportada por un solo individuo. Su discípulo, Teofrasto, trabajando bajo su dirección, echó las bases de la botánica en un libro paralelo, la *Historia de las plantas.* Empero, debe observarse que todavía no había llegado el momento de superar los prejuicios aristocráticos de la sociedad esclavista, al extremo de que el hombre de ciencia fuera a visitar la alfarería, la tintorería, la fundición o la mina. Sólo a mediados del siglo XVIII de nuestra era el filósofo Diderot, al ponerse a escribir sus artículos para la *Enciclopedia,* comprendió que debía visitar a los trabajadores en sus talleres.

Capítulo VII

LA ERA ALEJANDRINA

Ya en vida de Aristóteles se precipitaron los acontecimientos exteriores que barrerían con las ciudades-Estado independientes, inspiradoras de su pensamiento político y del de su maestro, Platón. Con la conquista de Grecia por Filipo de Macedonia en 338 a. de C., las ciudades-Estado quedaron incorporadas al imperio macedónico, y la ciudadanía pasó a adquirir un nuevo significado. Cuando al cabo de pocos años el hijo de Filipo, Alejandro Magno, en una extraordinaria sucesión de conquistas, agrupó en una misma unión política los territorios donde habían florecido las antiguas civilizaciones del Cercano Oriente, fue su norma deliberada eliminar las barreras que separaban entre sí a Oriente y Occidente. Nació así una nueva cultura, entre cuyos rasgos se cuenta la gradual infiltración de la civilización griega por las influencias orientales. Uno de los centros principales de esta nueva

cultura fue la ciudad que el conquistador fundó en el Delta del Nilo, Alejandría, cuyo nombre designa a la civilización de esa época. Es cierto que Atenas conservó su preeminencia en materia de filosofía, pero Alejandría se puso a la cabeza en las ciencias y en la erudición.

En la nueva Atenas los elementos políticos del platonismo (que, como ya hemos visto, penetraban el sistema en su totalidad), habían llegado a convertirse en un anacronismo. El pensamiento de la época tenía que verterse en nuevos moldes. De los diferentes sistemas que surgieron para responder a esta necesidad, los más importantes fueron el estoicismo y el epicureísmo. En ninguno de los dos el ciudadano de un Estado diminuto devora al hombre tan completamente como en la concepción platónica.

Zenón, el fundador de la escuela estoica, era un mercader fenicio oriundo de Chipre que se había instalado en Atenas, centro del pensamiento griego. Su sistema era una mezcla de elementos griegos y orientales. Utilizaba la lengua griega, y toda su estructura intelectual había sido conformada por sus maestros helenos, pero en cambio el nucleo central de su filosofía estaba constituido por la antigua doctrina caldea de la simpatía que une entre sí al cielo y la tierra. Alentaba el mayor desprecio por el ideal de la ciudad-Estado independiente, con su distinción entre griegos y bárbaros, y lo sustituyó por la

concepción de la ciudad ecuménica, de la cual todos los hombres eran ciudadanos. Proclamó así el evangelio de la fraternidad humana, apto para una nueva era en que las ciudades-Estado iban siendo absorbidas por imperios recién constituidos, y su predicación tuvo franco éxito. Los dioses de su ciudad ecuménica eran los seres celestiales, a saber, el Sol, la Luna, los planetas y las estrellas, deidades comunes a toda la humanidad. Y las leyes de la nueva ciudad eran las leyes del universo mismo. Vivir de conformidad con la naturaleza era la regla ética de los estoicos.

Pero subsistía el problema de cómo determinar esas leyes. Platón había procurado deducir las leyes de su República de los principios de la razón pura, que en definitiva resultaron oscuros para todos, inclusive para él. Zenón, que era materialista y que concebía el universo en su integridad como un solo ser vivo animado por un único espíritu, trató de deducir esas leyes de un cierto conocimiento de la naturaleza. Pero este concepto es equívoco. Por una parte, incluía un retorno a un tipo más antiguo de especulación física, es decir, la de los pensadores jónicos, que Platón había rechazado, a la vez que encarnaba un profundo respeto por Heráclito de Éfeso, un filósofo jonio del siglo V a. de C. Por otra parte, en cambio, introducía elementos nuevos y más dudosos, de procedencia oriental. Ya se ha dicho

que el núcleo del estoicismo era la creencia caldea en la simpatía entre el cielo y la tierra. Según esta concepción, cada fenómeno celestial producía inevitablemente su efecto en la tierra, y como los astrólogos caldeos habían alcanzado, mediante largas observaciones, un conocimiento muy considerable y exacto de los ciclos del sol, la luna y los planetas, de modo tal que podían predecirlos con bastante exactitud, era natural suponer que podían también predecir los fenómenos terrestres que, según esta teoría, dependían de ellos. Las leyes de la ciudad ecuménica podían leerse en el firmamento, y todo individuo, en la medida en que le concernían, podía averiguarlas con sólo recurrir a un astrólogo que le trazara su horóscopo mediante una módica retribución. De este modo el estoicismo originó, por una parte, esa sublime resignación a lo inevitable que todavía hoy designamos con el nombre de estoicismo, y por otra fomentó una creencia febril en las pretensiones de los astrólogos.

El epicureismo, a su vez, si bien se inspiraba igualmente en las tradiciones intelectuales de los jonios, estuvo, por fortuna, libre de las patrañas astrológicas del estoicismo. El ideal de Epicuro, pensador de origen ateniense que comenzó a exponer su sistema en la capital del Ática hacia el año 307 a. de C., posiblemente unos pocos años antes de que Zenón empezara a difundir el suyo, era la obtención de la paz espiritual mediante la

derrota de la superstición. Las falsas creencias que destruían la paz espiritual eran principalmente dos, a saber, la referente a la divinidad de los cuerpos celestes, y la relativa a la inmortalidad del alma. En sus propias palabras, tales enemigos quedaban definidos del siguiente modo: "la creencia de que los cuerpos celestes son divinos e indestructibles, sin dejar de encerrar al mismo tiempo deseos, acciones y motivos incompatibles con esa condición; y el temor a sufrir males después de la muerte, inculcado mediante la enseñanza de los mitos". El carácter antiplatónico de estas enseñanzas es bien evidente, y Epicuro, como es natural, se apoyó en los pensadores a quienes Platón había rechazado, a saber, los de la antigua escuela jónica. El sistema atómico de Leucipo y Demócrito se convirtió en la base de su filosofía orientada hacia la ética. Éste fue el sistema que, en términos generales, más se aproximó a la moderna concepción científica del mundo.

Mientras Zenón y Epicuro elaboraban en Atenas los sistemas de pensamiento rivales que estaban destinados a compartir la adhesión de la mayor parte de las personas cultivadas durante dos o tres siglos, en la nueva ciudad de Alejandría se habían creado las condiciones necesarias para una nueva etapa de progreso del saber. La dinastía macedónica de los Tolomeos, que después de la muerte de Alejandro Magno ocupó el

trono de los faraones egipcios, se distinguió por su ilustrado apoyo a las ciencias y las artes. Estos monarcas atrajeron a su corte a estudiosos provenientes de todas las regiones del mundo griego, y se aseguraron sus servicios pagándoles elevadas remuneraciones y dotando generosamente las actividades de investigación. Crearon para ello una institución, el Museo de Alejandría, provisto de salas de estudio y de conferencias, de una vasta biblioteca, la mayor que conoció el mundo antiguo, y de un observatorio, jardines botánicos y jardín zoológico. En tales condiciones, los progresos del saber fueron rápidos y constantes.

La cultura alejandrina no fue una cultura nacional como la de Atenas en el siglo V a. de C. El griego sólo era el idioma de la corte, que a su vez encarnaba un gobierno extranjero, macedónico, impuesto a una población egipcia con abundante elemento judío. Por tanto, las circunstancias no eran propicias para el desarrollo de formas literarias populares como el teatro, ni para una oratoria adecuada a la vida pública de ciudadanos libres, como ocurría en las antiguas ciudades-Estado. Hasta es posible que la libertad del examen filosófico y del relato histórico haya sido sofocada por el patronazgo de la corte. Pero se habían creado las condiciones para un gran progreso del conocimiento positivo y de los

estudios especializados, y ellas fueron plenamente aprovechadas.

Allí, en el breve lapso de ciento cincuenta años, adquirió forma definitiva gran parte de la tradición cultural europea. Allí se elaboró toda la técnica de copiar y editar textos exactos de escritores clásicos, tanto literarios como científicos. De la enseñanza basada en esos textos, escritos en un idioma que iba resultando ya anticuado, hasta el punto de exigir aclaraciones y comentarios, fue surgiendo la ciencia de la gramática, plasmada en torno a principios que son válidos hasta en nuestros días. Allí la geometría, como materia de enseñanza, fue estructurada por Euclides en una forma que siguió siendo utilizada hasta el siglo XX. El que esto escribe, cuando niño, aprendió con deleite de este texto alejandrino. En medicina, no sólo se estudiaron y conservaron los escritos anteriores de la escuela hipocrática y de otras, sino que se lograron adelantos notables mediante la investigación experimental en anatomía y fisiología. Todas las ramas de la matemática se desarrollaron al unísono, con asombrosa rapidez. Y fueron tan grandes los progresos de la cartografía celeste que llegaron a elaborarse técnicas astronómicas para la determinación de la latitud, al trazar mapas terrestres. También resultó posible estimar con cierta aproximación el tamaño de la tierra, y las magnitudes y distancias del sol y de la luna. Las

invenciones mecánicas se multiplicaron. Arquímedes, entre otras proezas científicas, constituyó la ciencia de la hidrostática. La idea de la ciencia como comprensión de la naturaleza retornó con renovados ímpetus. El hombre llegó a concebir el universo en el cual vivía como un vasto mecanismo, cuyas leyes podía aprender a interpretar.

Pero en cambio, el progreso siguió siendo lento en materia de ciencias aplicadas. La humanidad había llegado al umbral de la era de las máquinas, pero miraba con harta indiferencia la posibilidad de trasponerlo. El modo de producción de su vida material permaneció inmutable. El esclavo, la "máquina vocal", seguía siendo aún la herramienta universal. La clase dominante de esta época precisaba mejores calendarios y mapas, y los obtuvo. Necesitaba máquinas para la guerra, y éstas se multiplicaron. Requería atención médica, y para proporcionarla progresaron la anatomía y la fisiología. Exigía mayor rendimiento de sus campos y de sus ganados, y justamente esta época se caracterizó por la rapidez con que la ciencia helénica satisfizo la demanda de una mayor producción, tanto en lo que se refiere a los cereales como a frutas y verduras, al propio tiempo que se mejoraban las razas de ganado. Pero las actividades agrícolas, lo mismo que las industriales, fueron ejercidas cada vez más por empresas capitalistas

basadas en la mano de obra esclava. No se introdujeron mejoras en el arado ni en los restantes implementos agrícolas; nadie pensó en aplicar la fuerza mecánica al telar, al molino ni a la rueda. Se habían estudiado, en verdad, las fuentes de energía del aire comprimido, del vapor, y de elementos elásticos como las cuerdas retorcidas, y hasta se las había utilizado para fines de diversión o de destrucción, pero no para aliviar la pesada carga del trabajo. La ciencia del mundo antiguo se detuvo a este nivel.

Nota: **Para una descripción más completa de la ciencia en la antigüedad, con indicación de las fuentes más autorizadas que existen en la materia, véase mi libro *Science in Antiquity*.**

Capítulo VIII

ROMA CONQUISTA EL MUNDO

A principios del siglo III a. de C., cuando la cultura alejandrina que acaba de describirse comenzaba a florecer bajo el amparo de los Tolomeos, el mundo griego se vio obligado a reconocer el surgimiento de una nueva potencia "bárbara" en Occidente. Un rey griego, Pirro de Epiro, había invadido Italia para ayudar a la ciudad griega de Tarento en una guerra contra Roma. Al cabo de varios años de duros combates fue derrotado en toda la línea y tuvo que evacuar el suelo italiano en el año 275 a. de C. Como consecuencia de esta derrota, las ciudades griegas del sur de Italia cayeron bajo la dominación romana. Roma, que ya había conquistado el resto de la península, quedó así dueña de Italia.

Esta ciudad, que de modo tan terminante afirmaba su poder, había sido fundada, según la tradición, en 753 a. de C. Luego de un pe-

ríodo monárquico que duró aproximadamente dos siglos y medio, del cual nos han quedado interesantes relatos legendarios, pero ninguno verdaderamente histórico, Roma se libró de sus reyes de acuerdo con la versión tradicional, a fines del siglo VI a. de C. De ser así, su surgimiento como república habría coincidido con el establecimiento de la democracia en Atenas. Dentro de la república romana tuvo lugar una notable evolución política, encarnada en la famosa querella de las órdenes (patricios y plebeyos). Con este conflicto, se entra ya, sin duda, en el terreno de la historia, pues si bien los detalles de la narración pueden ser ficticios, sus líneas generales están abonadas por la supervivencia en tiempos históricos de las instituciones que surgieron de ese movimiento social. Al finalizar dicha evolución, o sea, hacia comienzos del siglo III a. de C., Roma había depuesto a su aristocracia hereditaria, la orden de los patricios. El Estado pasó a ser administrado por un comité de magistrados elegidos anualmente, de los cuales los más importantes eran los dos cónsules. El senado, que representaba a la vieja aristocracia acompañada por los plebeyos ricos recientemente admitidos en el círculo mágico de la clase gobernante, constituía un consejo consultivo permanente, y era en realidad el asiento del poder. Empero, nominalmente, las asambleas populares, ya representaran a

todo el *populus romanus* o meramente a los plebeyos presididos por sus propios magistrados, los tribunos, eran la fuente del poder soberano. Tal era la constitución de la ciudad de Roma cuando ésta afrontó y derrotó a Pirro en batalla campal. Los historiadores griegos de Roma, posteriormente, halagaron a sus amos comparando su constitución con la de Esparta, en detrimento, claro está, de la tradición democrática ateniense y de las aspiraciones del partido popular romano.

Simultáneamente con su evolución política, caracterizada por un menor empleo de la violencia y por un mayor recurso a la transacción, si se la compara con lo que había sido habitual en las ciudades griegas, Roma había ido ampliando su poder sobre sus vecinos italianos. Primero consiguió dominar a los más cercanos, o sea, los Estados miembros de la confederación latina. Aprovechando la oportunidad que le brindaba la represión de una revuelta dirigida contra ella en el interior de la confederación, privó a las ciudades latinas de los derechos que hasta entonces habían disfrutado, de comerciar entre sí y de poseer terrenos en propiedad las unas en los territorios de las otras. En cambio, esos derechos se mantuvieron entre Roma y cada una de dichas ciudades. Ésta fue la primera aplicación de su máxima: "dividir para reinar", con éxito inmejorable. Des-

de ese momento los romanos adquirieron el monopolio del comercio en el Lacio, y la ciudadanía romana se convirtió en un valioso privilegio.

Roma tardó aproximadamente ciento cincuenta años en llegar a dominar el Lacio en la forma que se ha descrito. Pero le bastó la mitad de ese tiempo para subyugar al resto de Italia. Hacia el año 270 a. de C. Roma se había adueñado de la península. Los diversos Estados italianos pasaron a ser administrados del mismo modo que los miembros de la confederación latina. Mediante su habilidad política Roma había conseguido en la península itálica lo que ninguna ciudad helénica había podido hacer en Crecia, es decir, organizar a todo el territorio en una unión política permanente. Esta proeza posibilitó su victoria final en la lucha por el poder dentro del mundo mediterráneo. Los principios que guiaron a Roma en la tarea de establecer su poder en toda Italia valen la pena de ser examinados; son los mismos que habría de emplear luego, cuando se puso a extender su imperio sobre el mundo.

Primero creó lo que ha sido llamado la "gran Roma", instalando colonias romanas en puntos estratégicos de toda Italia, o bien otorgando a las viejas ciudades latinas la plena ciudadanía romana, que acarreaba, como ya se ha visto, importantes privilegios en materia de comercio y propiedad. Ulteriormente, procedió a estable-

cer grupos de ciudadanos romanos, bajo la forma de guarniciones, entre los pueblos extranjeros y conquistados; estos súbditos renunciaban a su ciudadanía romana, pero adquirían importantes derechos como aliados favorecidos, que demostraron ser agentes eficaces en la romanización de Italia. Finalmente, los aliados italianos, como los latinos antes de ellos, fueron uniéndose todos con Roma mediante tratados separados, mientras que se disolvían todas las uniones y federaciones que antes tenían entre sí. De esta manera, los propios romanos se ocuparon de que todos los caminos condujeran a Roma.

La expansión del poder romano en la región del Mediterráneo siguió rápidamente a la subyugación de Italia. Roma había descubierto el secreto de poner a su disposición toda la mano de obra de la península italiana. Los labradores del Lacio habían bastado para la conquista de la península italiana. A continuación, todos los campesinos de Italia quedaron disponibles para alistarse en la conquista del mundo. Como dijo Gibbon, "la ciudad se enriqueció con el provechoso comercio de la guerra, y la sangre de sus hijos fue el único precio que pagó por las ovejas de los Volscos, por los esclavos de Britania y por las gemas y el oro de los reinos asiáticos".

La primera de sus grandes luchas en esta

nueva etapa fue la que sostuvo con Cartago, antigua ciudad fenicia del norte de África fundada por colonos tirios a mediados del siglo IX a. de C. Cartago había sometido a las tribus nativas de tierra adentro, había explotado el suelo del territorio circundante con gran eficacia, y era en aquel tiempo dueña indiscutida del comercio en el Mediterráneo occidental. Durante más de doscientos años Sicilia había sido motivo de discordia entre griegos y fenicios. Roma, al asumir el protectorado de las ciudades griegas de Italia, se convirtió también en jefe natural de los griegos de Sicilia.

Nada remiso, el nuevo campeón de éstos se lanzó inmediatamente a la lucha con el enemigo fenicio. Para ello, Roma tuvo que hacerse al mar por vez primera. Se construyó una flota, y en poco más de veinte años arrebató a Cartago el dominio de Sicilia. Durante la paz subsiguiente, halló ocasión de apoderarse de Córcega y Cerdeña, fundando así su imperio ultramarino. Las causas de su éxito no son difíciles de averiguar: tenía un ejército de ciudadanos, aliados leales, con afinidades éticas, y un senado idóneo. Los cartagineses, en cambio, eran extranjeros en África, regían a pueblos extraños, tenían un ejército mercenario, y sus gobernantes estaban divididos entre sí por lo que respecta a la guerra.

La lucha a muerte entre Roma y Cartago lle-

gó a ser de este modo inevitable. Roma pasó los veinte años siguientes sometiendo a las tribus célticas del valle del Po, aumentado así sus reservas de soldados campesinos. Cartago, para resarcirse de la pérdida de Sicilia, se forjó un nuevo imperio en España. Y fue de allí de dónde Aníbal, el máximo estratega de la historia antigua y la encarnación misma del odio cartaginés contra Roma, lanzó en los últimos decenios del siglo III a. de C. su osado plan de ataque a ésta mediante una invasión directa de Italia. Una vez allí, fue derrotando a los romanos batalla tras batalla. Pero la lealtad del grueso de los aliados italianos a la causa de Roma le quitó el fundamento único de sus esperanzas de victoria, a saber la presunción de que habría de disolverse la unión política de Italia. Expulsado de ésta, fue perseguido hasta el África y derrotado allí en forma decisiva. Cincuenta años después, en una guerra despiadada que no había provocado, Cartago fue completamente destruida.

Entre tanto, al ser derrotado Aníbal, España había caído en manos de Roma, que en 197 a. de C. la organizó en dos provincias, hacia 133 a. de C. había concluido su pacificación. Étnicamente, españoles e italianos tenían la afinidad suficiente para unirse entre sí de manera espontánea. Las primeras comunidades romanas fuera de Italia se instalaron en España. Los soldados

romanos se casaron con españolas y se instalaron en su nueva patria. La romanización de España había comenzado. En épocas posteriores muchas de las grandes figuras de la literatura romana fueron oriundas de este país.

Roma se había embarcado plenamente en su carrera de conquistas ultramarinas. Ya era dueña de Sicilia, Cerdeña, Córcega y España. África, arruinada, esperaba el día en que quisiera conquistarla. Y el destino la había impulsado ya hacia Oriente. En tiempos de la invasión de Italia por Aníbal, el ex imperio de Alejandro Magno estaba dividido entre tres monarcas: Filipo de Macedonia. Antíoco de Siria y el Tolomeo reinante de Egipto. Filipo de Macedonia se había aliado con Aníbal. Derrotado éste, Roma se volvió hacia Filipo, quien pidió socorro a Antíoco. Vencido por los ejércitos romanos, éste fue perseguido a su vez hasta Asia Menor. A mediados del siglo II a. de C. Macedonia se había convertido en una provincia romana; Grecia la siguió, y al otro lado del Egeo, todos los viejos reinos del Asia Menor al oeste del Halys reconocieron la hegemonía romana. Sólo en tiempos de Augusto halló Roma conveniente hacerse cargo de la administración de Egipto. Antes de ese momento había procedido a colonizar todo el antiguo territorio de Cartago, además de Britinia, el Ponto, Siria y la Galia. La conquista de Britania no comenzó hasta mediados del siglo I

de nuestra era. Cien años después, la construcción de una línea de fortificaciones entre los estuarios del Clyde y del Forth marcó el límite de la expansión del poderío romano.

A partir de la fecha en que los romanos llegaron a Britania este vasto imperio se mantuvo íntegro durante cuatrocientos años, y en ese período su organización llegó a ser bastante eficaz, a la vez que mantenía hasta cierto punto la paz dentro de sus fronteras. Sólo a fines del siglo V se derrumbó el imperio romano de Occidente. El de Oriente, cuya capital era Constantinopla, sólo fue destruido por los turcos en 1453.

Dejemos de considerar por un momento esta carrera de conquistas para examinar la situación interna de Roma y de Italia.

La querella de las órdenes había abolido la distinción entre patricios y plebeyos en Roma, pero no había suprimido las diferencias entre ricos y pobres. Una y otra vez, en las diversas etapas de la lucha, pudo observarse que las concesiones hechas a su término resolvían los aspectos *políticos* del conflicto, pero sin solucionar en absoluto los aspectos *económicos*. A raíz de ellas, los plebeyos ricos obtuvieron los privilegios políticos y sociales que deseaban; los de condición más modesta, en cambio, traicionados por sus dirigentes enriquecidos, volvieron a caer en el marasmo de la miseria. Entre tanto, la situación económica de Italia no mejoraba. La base

económica de la vida italiana, desde tiempos inmemoriales, había sido la granja familiar. En el siglo III a. de C. comenzó a observarse en la península que los pequeños granjeros iban siendo desalojados de sus tierras, para dar lugar a grandes empresas agrarias de índole comercial que utilizaban la mano de obra esclava. Las perpetuas guerras favorecieron este proceso, pues los campesinos italianos se veían imposibilitados de regresar de las campañas en países remotos para ocuparse de las faenas agrícolas en sus tierras. Muchos de ellos morían en esas expediciones; otros, se veían obligados a contraer pesadas deudas. En uno u otro caso la tierra se ponía en venta y quedaba disponible para su incorporación a grandes fincas. Al propio tiempo, del botín de las conquistas formaban parte los esclavos que se necesitaban para reemplazar a los campesinos en los latifundios. El historiador francés Michelet describe así este proceso: "En la época en que todos los reyes de la tierra venían a rendir homenaje al pueblo romano, representado por el senado, el verdadero pueblo estaba organizando. Consumido por el doble efecto de una guerra que nunca terminaba y de un sistema jurídico que lo devoraba, iba desapareciendo de Italia. El soldado romano, que se pasaba la vida en campamentos de ultramar, rara vez volvía a visitar su pequeña parcela. La mayor parte de ellos ya no tenían tierra ni casa propia;

sus bienes domésticos eran las águilas de su legión. Así fue estableciéndose una especie de intercambio entre Italia y las provincias. Italia mandaba a sus hijos a morir en tierras distantes, y recibía a cambio de ellos millones de esclavos".

Cuanto mayor era el producto del saqueo que afluía de las provincias a las arcas de la clase reinante en Roma, más rápidamente iban desapareciendo los campesinos del agro italiano. Persistía, empero, una tradición proveniente de aquellos tiempos sencillos en que cada ciudadano era un labrador, y en que podía verse a un cónsul abandonar el arado para ponerse al frente de los ejércitos de la nación; gracias a ella, se cultivaba un sentimiento de reverencia hacia la agricultura, por oposición a la industria y al comercio, que obsesionaba la mentalidad de los romanos. No existía inversión más respetable que la que se hacía en propiedades rurales. Quien no tenía otro remedio, aceptaba como un mal necesario que sus rentas provinieran de una fábrica con mano de obra esclava, de una red de comercios al por menor o de acciones de una empresa naviera. Tan fuerte era este prejuicio, que se prohibía a los senadores romanos operar en el comercio, salvo en carácter de socios capitalistas. Claro está que si el negocio era suficientemente grande, la desgracia era menor, pues una elevada renta podía facilitar una rápida fuga de

las degradantes relaciones del puerto a la respetabilidad de la propiedad agraria.[1]

Es imposible ahora determinar la proporción de las tierras italianas devoradas por los latifundios en distintas épocas de la historia, pero puede afirmarse que a mediados del siglo I de C. debía en verdad ser muy elevada. Ático, el amigo de Cicerón, ya tenía la mayor de sus fincas al otro lado del Adriático, en el Epiro. Cuando Horacio, pocos años después, quiere citar ejemplos de hombres muy ricos contemporáneos suyos, habla de uno cuyos graneros estaban repletos de trigo proveniente de África, de otro que poseía grandes fincas para la cría de ganado vacuno en Sicilia y de un tercero que era dueño de haciendas dedicadas a la explotación del ganado lanar en las Galias. Esto indica cierta dificultad, ya en esa época, para hallar tierras adecuadas a los fines de hacer inversiones en Italia. La vida en uno de esos grandes establecimientos agrícolas fue descrita irónicamente por Petronio en el siglo I de nuestra era. El multimillonario Trimalción se halla en medio de un colosal banquete cuando debe hacer un paréntesis para escuchar la lectura del boletín de noticias de una de sus fincas: "El 27 de julio, en la hacienda de Trimalción en Cumas, nacieron cuarenta niñas y treinta niños esclavos. Se transportaron qui-

[1] Cicerón: *De officis*, I, XIII, 151.

nientos mil quintales de trigo de la era al granero. Se uncieron al yugo quinientos nuevos bueyes y se crucificó al esclavo Mitrídades por deslealtad a su amo". Los emperadores romanos se sentían a veces molestos por el poder de estos grandes terratenientes. Se dice que Nerón hizo ejecutar a seis de ellos en el África romana: sus propiedades, reunidas, ocupaban la mitad de una provincia.

La crisis de la cuestión agraria tuvo lugar en Italia a fines del siglo II a. de C., época de las reformas intentadas por los Gracos. Tiberio Graco, que había observado con dolor la progresiva desaparición del campesino libre y su reemplazo por el esclavo extranjero, concibió el heroico plan de rescatar parte de las tierras públicas para los pequeños labradores, restringiendo la extensión de esas propiedades que podían estar en manos de un solo hombre. Pronto pudo comprobar que intentar esta reforma era iniciar una revolución. Todo el poder del Estado pertenecía a los terratenientes; el propio senado era un comité de éstos. Tiberio Graco, aterrado, pero sin deponer su enérgica actitud, fue inducido por el senado a asumir una conducta vulnerable, y a renglón seguido los senadores consumaron su asesinato en nombre de la constitución. "Perezcan así cuantos vuelvan a proceder del mismo modo": tal fue el veredicto que sobre él pronunció su pariente Escipión el Africano, destructor

de Cartago. Este voto fue fervientemente coreado por todos los "hombres buenos", o sean los ricos, pues esos términos eran sinónimos en la fraseología política de la época.

Nueve años después su hermano Cayo, cuya educación política había sido conformada por la meditación sobre la muerte de Tiberio, y que era hombre de energía y capacidad aún mayores, inició un movimiento tendiente a quebrantar el poder de la oligarquía, convirtiendo a la asamblea popular, y no al senado, en el verdadero órgano gobernante de Roma. Por desgracia, era completamente imposible alcanzar ese objetivo sin otro medio que el apoyo popular. Cayo se vio obligado a solicitar la adhesión de la clase media romana en ascenso, a saber, la orden de los *equites* o caballeros, cuya base económica residía en las actividades bancarias, usurarias y tributarias ejercidas en las provincias. Exaltar a esta clase por encima de los senadores equivalía, en el mejor de los casos, a salvar al labrador italiano arrojando las provincias a los lobos. En verdad, no había ninguna solución fácil para los terribles males de la época. El senado recurrió nuevamente a su táctica anterior. Cayo, lo mismo que Tiberio, pereció en cuanto se presentó una oportunidad adecuada para aplastar su movimiento con la fuerza. Poco tiempo después quedaron legalizados todos los aspectos ilegales de la posesión de la tierra por parte de los latifun-

distas. Italia y el imperio quedaron asegurados para ellos y sus cuadrillas de infelices esclavos. Los días del campesino libre habían pasado para siempre.

Pero no faltaban otras discordias en la ya atribulada tierra italiana que amenazaran echar por tierra el poder romano. Ya se ha visto que el pleno privilegio de la ciudadanía romana había sido reservado a los habitantes de Roma y la "gran Roma". La esencia de ese privilegio no residía en el derecho de votar, que sólo podía ejercerse mediante un fatigoso viaje a Roma, sino en la protección que el derecho romano otorgaba a las transacciones comerciales de quienes poseían la ciudadanía. Los aliados italianos constituían el grueso de los ejércitos con los que se conquistó el imperio; la minoría formada por los ciudadanos romanos, a su vez gozaba del monopolio de explotarlo. Habiendo visto rechazadas una y otra vez sus demandas de ampliación de la ciudadanía, dichos aliados, cuya lealtad no había flaqueado en los trágicos días de la invasión cartaginesa, se levantaron en armas contra Roma. Su coalición asumió las más formidables proporciones. Se dice que en un momento dado había más de cien mil hombres librando batalla contra los ejércitos romanos. Al cabo de dos años de luchas desesperadas, en las cuales hubo tantas víctimas como en las guerras púnicas, Roma terminó victoriosa, pero sólo al

precio de otorgar concesiones que a costa de tantos sufrimientos había negado hasta entonces.

Y con todo, fermentaba en el imperio un tercer mal todavía más grave que la pobreza de la masa de los ciudadanos o el descontento de los aliados italianos, a saber, la vasta concentración de esclavos acarreada por la evolución del nuevo régimen económico. Aquellos desdichados eran aprehendidos en todas las zonas ribereñas del Mediterráneo. Ocasionalmente, el triunfo romano en una campaña bélica inundaba el mercado con grandes cantidades de esos prisioneros. Pero se requería un suministro regular, y a esta necesidad respondían las actividades de los piratas. La captura de hombres "a quienes la naturaleza había creado para que fueran esclavos, pero que se negaban a someterse", constituía una gran industria. Despojados de sus ropas, exhibidos en filas, examinados y vendidos en la plaza del mercado como la hacienda vacuna se los embarcaba por millares para satisfacer los pedidos de las fincas rurales de Italia, de Sicilia y de otras regiones. En Delos, isla del Egeo donde se encontraba el mercado principal, las ventas de un solo día podían ascender a diez mil esclavos. En Sicilia la crisis del sistema se había producido inmediatamente antes de las fracasadas reformas de los Gracos. Los esclavos se rebelaron con tanto éxito que por un tiempo dominaron la isla y sólo fueron subyugados después de varios

años de dura lucha con los ejércitos regulares enviados por los cónsules desde Roma.

El mayor peligro para Roma misma se presentó en el año 73 a. de C., cuando varios gladiadores escaparon de la escuela de su profesión en Capua, eligieron como jefe a un esclavo tracio llamado Espartaco y muy pronto llegaron a alistar unos setenta mil hombres bajo el pendón de la revuelta. En cuatro batallas campales con estos rebeldes los ejércitos romanos sufrieron tres derrotas. Pero los recursos superiores del Estado tenían que triunfar a la larga. Espartaco cayó con las armas en la mano, y sus partidarios fueron crucificados a lo largo de las carreteras romanas. Tal era el castigo reservado para los esclavos. Fue en ese imperio esclavista donde el fundador del cristianismo dijo: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atráeré a mí mismo"; con lo cual aludía al suplicio que le esperaba.

Si tal era la situación predominante en Italia, la de las provincias no era mejor. El senado, corrompido por el súbito aflujo de riquezas que habían comenzado a llegar desde el Oriente conquistado a principios del siglo II a. de C., y que continuaba todavía a mediados del siglo I a. de C., había abandonado hasta las pretensiones de ejercer el poder. Bien puede decirse que el robo descarado, amparado por los poderes oficiales, era el tratamiento reservado a las provin-

cias en aquella época. En tiempos de Cicerón había llegado a ser cosa normal que un gobernador romano favoreciera a alguno de sus amigos con un cargo oficial y con una fuerza militar para que pudiera ir a arrancar a alguna desdichada provincia los exorbitantes intereses de préstamos privados ilegales. "La República había llegado a una situación tal", escribe un crítico moderno, "que cuando un gobernador romano se conducía honradamente, se veía obligado a presentar excusas a los aristócratas reinantes, y a revestir su conducta, hasta donde le era posible, con las apariencias de una injusticia que, según le constaba, ellos habrían de aprobar, y hasta exigir".[1]

En semejante sociedad, ninguna reforma podía introducirse, salvo por la fuerza. El millonario Craso dijo muy sagazmente que "ninguna fortuna era lo súficientemente grande para quien aspirase a gobernar la República si no le bastaba para mantener a un ejército". La suerte de los Gracos había demostrado que ningún reformador podía triunfar sobre el senado si no tenía a su disposición fuerzas superiores. Por suerte para Roma, después que la brutalidad, la ignorancia y la superstición hubieron ejercido en ella el poder supremo, sin saber qué hacer con él, en

[1] El libro de Tyrrell y Purser, *Correspondence of cicero,* vol. III, Introducción, de donde proviene esta cita, merece especial atención de quienes estudian esta época.

la persona de un Mario o de un Sila, llegó a aparecer un dictador cuya ilustración corría pareja con su energía. Julio César conquistó el dominio del mundo a través de un baño de sangre, pero una vez que llegó al poder, supo y pudo ejercerlo. La obra de reconstrucción, interrumpida por su asesinato en el año 44 a. de C., fue reanudada por su sobrino y heredero Augusto, quien venció a sus rivales y estableció la forma de monarquía conocida bajo el nombre de Principado en el año 27 a. de C. En los cuarénta años de vida que le quedaban consolidó los principios del nuevo régimen.

Desde entonces, hasta la caída del imperio, el saqueo de las provincias fue contenido; se creó una administración pública regular, responsable ante el emperador; el poder civil ejerció una relativa autoridad sobre el ejército; el privilegio de la ciudadanía romana se fue extendiendo hasta el punto de que a principios del siglo III de C. abarcaba a todos los habitantes del imperio; un mismo estilo de educación y una misma cultura se difundieron por todas las provincias; el mismo sistema jurídico rigió en todas partes y las oportunidades de ascenso a los puestos más elevados quedaron abiertas para todos, sin distinción de razas. Fue un período de descanso para la humanidad, y de expansión, si no de progreso, de su herencia cultural.

Pero el imperio fue pereciendo gradualmente

a raíz de su descomposición interna. Los gastos que exigía el funcionamiento de tan vasta maquinaria eran mucho mayores que los rendimientos de su administración. Los romanos podían administrar su imperio, pero no eran capaces de desarrollar su economía. El gran legado que dejaron al mundo fue jurídico, no científico. El cúmulo de impuestos agotó las riquezas que se habían acumulado durante siglos. La edificación cesó, no se construyeron más caminos, y el imperio comenzó a deteriorarse. Las exigencias de la tributación motivaron la creación de un sistema de castas. El deber de todo contribuyente, en todas las categorías sociales, era dejar tras de sí una réplica de sí mismo. La sociedad perdió su dinamismo, la iniciativa de sus habitantes se fue extinguiendo y la era feudal comenzó a aproximarse. Los agricultores, adscritos a la gleba, ya no eran comprados, exprimidos y desechados como en el período de formación de los latifundios, y pasaron a adquirir la condición de siervos. El conocimiento, perdida toda concepción del progreso, degeneró en pedantería. El espíritu de la Jonia fue finalmente exorcizado, y los mitos gubernamentales de Platón triunfaron sobre la ciencia alejandrina. La Edad de las Tinieblas se aproximaba.

Nota: **La obra de Pelham, *Outline of roman history,* es el mejor estudio breve del tema. El libro de Warde Fowler, *Rome,* Home University Library, Butterworth, constituye una introducción clara y sencilla.**

Capítulo IX

LA LITERATURA ROMANA

El período durante el cual Roma llevó a cabo su gran tarea de organizar la unidad italiana, no poseía cultura literaria alguna. Se supone que su pueblo cultivaba las diversiones folklóricas con ingenio espontáneo, que las grandes familias pronunciaban elogios fúnebres y cantaban versos en honor de sus difuntos, que los sacerdotes llevaban anales en los cuales yacían los gérmenes de la historia y que el augusto senado celebraba sus debates, registraba sus decisiones y daba a conocer sus decretos en algún estilo de prosa eficaz, aunque careciera de elegancia. Pero nadie aspiraba a ser escritor, y ninguna persona unió su nombre a la creación de una obra de arte.

Pero al terminar la primera guerra púnica Roma tenía bajo su protección a las ciudades griegas de la Italia meridional y extendía ya su mano sobre Sicilia, en la cual, durante dos siglos y medio, se había hecho una rica contribución, en

prosa y verso, a la multiforme literatura griega. Y cuando apartó su mirada del Lacio, el pequeño territorio donde se utilizaba la lengua latina, para dirigirla hacia los centenares de ciudades que se ufanaban de compartir la cultura helénica, en las que los niños aprendían en la escuela los versos homéricos, competían en cantar a coro las obras maestras de la lírica griega, presenciaban la representación de las tragedias áticas o de las nuevas comedias de la era alejandrina, estudiaban retórica para valerse de ella en la vida pública, leían la historia de su país y de los extranjeros en párrafos bien concertados de refinada prosa y eran cortejados por las voces de sirena de las escuelas filosóficas rivales, Roma llegó a comprender que ella también debía hacer su aprendizaje.

Sus primeros educadores literarios fueron dos griegos, o semigriegos. Uno de ellos, Livio Andrónico, tradujo la *Odisea* al latín para proporcionar un libro de texto a los niños romanos. El otro, Enio, escribió los *Anales*, historia poética de Roma, obra de gran vigor e imaginación. Livio había utilizado para su traducción un metro nativo italiano aliterativo, que no prometía mucho como forma literaria futura. Pero Enio adaptó al latín el metro épico de Homero. A juzgar por los fragmentos que de su obra han quedado, es evidente que faltaba mucho por hacer antes de que el vocabulario y los ritmos latinos se

amoldaran plenamente a las exigencias del verso épico. A pesar de ello, se trataba de una obra maestra. Enio había comprendido el significado del éxito de Roma al organizar Italia y derrotar a los cartagineses. Dio a Roma conciencia de su destino, y por más de ciento cincuenta años su poema siguió siendo la mayor expresión del espíritu romano. Con el advenimiento del Principado, fue reemplazado por la *Eneida*.

Entre tanto, en diferentes tonos y para entretenimiento de un público distinto, iban siendo adaptadas a la lengua latina otras creaciones, más ligeras, del ingenio griego. La épica de Enio, y las tragedias que este mismo poeta tradujo del griego, estaban destinadas a los oídos de los círculos oficiales y gobernantes. Pero las comedias de Plauto, de las cuales han sobrevivido una veintena (primeras obras en latín que han llegado hasta nosotros en su integridad), fueron representadas ante las muchedumbres cosmopolitas que colmaban los lugares públicos en los días festivos de la antigua Roma. Estas obras, si bien son adaptaciones del griego, están llenas de originalidad y genio cómico. Shakespeare no tuvo a menos modificar una de ellas para presentarla en los escenarios isabelinos. Molière, por su parte, adaptó dos para el público más crítico de la corte de Luis XIV.

Durante todo el siglo II a. de C. continuaron en incremento los esfuerzos de los romanos por

dotarse de una cultura literaria. Escipión Africano el Menor, el estadista y general que a mediados de aquel siglo consumó la destrucción de Cartago, patrocinó el estudio del griego y el desarrollo de la literatura latina. De las producciones literarias debidas al círculo que él presidía han sobrevivido seis comedias, adaptadas, como las de Plauto, de originales griegos, pero de estilo más pulido y mesurado. Su autor fue un tal Terencio que, por su nacimiento, era un esclavo africano. Se sabe que Julio César las tenía por admirables modelos de latinidad, pero carentes de *vis comica*.

También hacia esa época comenzó la prosa latina a adquirir cierta categoría artística. Al principio, quienes querían escribir la historia de Roma lo hacían en griego, pues les parecía demasiado difícil expresarse en su propio y rústico idioma, tal como un día Tomás Moro y Milton hallarían más fácil escribir en latín que en inglés. Pero, antes de promediar el siglo II a. de C., un adversario de la influencia griega, Catón, ridiculizó sus esfuerzos y se puso a dar el ejemplo escribiendo la historia de Roma en latín. En la generación siguiente, el más joven de los Gracos adquirió la reputación de haber sido el primer romano capaz de utilizar lo que se llamaba el estilo periódico en la oratoria.

Al cabo de dos siglos de esfuerzos, el aprendizaje literario de Roma había terminado, y a

mediados del siglo I a. de C. se inició la edad de oro de la literatura latina. Por la universalidad de su interés y por la abundancia de su producción es Cicerón el primero de los escritores de esta época. Tenía fama en su juventud de ser el mejor poeta latino contemporáneo, y en verdad, los fragmentos que subsisten de sus poemas no pueden ser ignorados por los estudiantes. Pero su carrera fue de abogado y estadista. Tanto en la oratoria forense como en la parlamentaria desplegó una virtuosidad asombrosa. Poseía seguridad, temperamento e ingenio, y podía demostrar, a voluntad, la pasión y convicción, o bien simularlas. El veredicto de la posteridad ha confirmado la opinión de los críticos romanos, según los cuales podía comparársele con el máximo orador de Grecia, Demóstenes.

No contento con esto, Cicerón aspiraba también a arrebatar a Grecia la palma de la filosofía. Quería llegar a ser el Platón, el Aristóteles, el Zenón de Roma. Con ayuda de su fiel secretario y amigo griego, Tirón, hizo traducciones de muchos escritos filosóficos griegos, a veces de los grandes maestros, y otras de sus epígonos. Cada vez que se le presentó la ocasión, elaboró, sobre la base de esas traducciones, exposiciones populares de diferentes temas filosóficos, escritas con muy buen sentido y con un estilo encantador, pero sin mayor profundidad y sin convicción sincera. El estilo de estos textos es en verdad ad-

mirable, hasta el punto de haber creado el modelo para la prosa de la Europa occidental. Si su producción fue copiosa, ello respondió a las necesidades de su época, pues no existía entonces nada semejante en latín. Cicerón seleccionó lo que más fácilmente podía asimilarse de la filosofía de los griegos, maestros de la razón discursiva, y lo adaptó a la mentalidad romana.

Pero esto no fue todo. El ánimo inquieto de Cicerón no le permitía vivir sin la simpatía de sus amigos, o, por lo menos, de sus corresponsales. Era un maestro del género epistolar. Y Tirón tuvo la feliz inspiración de recopilar y editar la correspondencia de su amo (dicho sea de paso, si se dice que no hay grande hombre para su ayuda de cámara, debe reconocerse, para mayor gloria de Cicerón, que siguió siendo un héroe para su secretario). Así han llegado hasta nosotros casi mil cartas, de las cuales sólo una pequeña proporción son respuestas de sus amigos. Ellas presentan de la época una imagen más vivida que cuantas tenemos de cualquier otro período de la antigüedad. La amable intimidad que Cicerón cultivaba se ha extendido a la posteridad, y gracias a ella nos sentimos contemporáneos suyos.

Si la universalidad de Cicerón es tal que merecidamente da su nombre a la época, hubo otros hombres que lo superaron mucho en diversas cualidades del espíritu humano. El estudiante

que aprende su latín en la *Guerra de las Galias* o en las *Guerras civiles* de Julio César, no suele advertir el interés del hecho de que éstas representan las memorias personales de los hechos de uno de los más grandes hombres que jamás hayan existido. Y en los libros históricos de Salustio tenemos la fortuna de poseer retratos contemporáneos de César, y de otros personajes, que son una obra maestra de penetración. Tanto César como Salustio son ejemplos que ilustran una de las características de esta edad: la progresiva fertilización de la mente romana por el intelecto griego. A menudo se ha observado que el carácter de César debe tanto a la influencia helénica como a su herencia romana. Tucídides, el más profundo de los historiadores griegos, suministró a Salustio un elemento de importancia para la comprensión de los acontecimientos.

El esfuerzo por asimilar la lección de Grecia puede advertirse en los poetas de esta época aún más claramente que en las historias de Salustio o en la vida y obras de César. Catulo, el amante y amigo apasionado, halló en la poesía de Safo y sus contemporáneos un soplo de inspiración que se unió al vigor de su propio espíritu y lo condujo a escribir acerca de sus emociones personales con una fuerza directa y con un dejo acerbo que no tienen parangón en poetas posteriores. Lucrecio, al revés de Cicerón, que escribía acerca de todas las filosofías y no creía en

ninguna, se entregó con todas sus ricas dotes de intelecto y sensibilidad a predicar la filosofía de Epicuro. Habiendo elegido el verso para su exposición, y siguiendo el modelo del poeta filósofo del siglo V a. de C., Empédocles de Agrigento, trabajaba a menudo, según él mismo cuenta, hasta altas horas de la noche, con la luna y las austeras estrellas en el firmamento por única compañía, para encontrar las palabras latinas con las cuales poder expresar las difíciles teorías atómicas de Demócrito y la aplicación ética que les había dado Epicuro. Murió antes de haber concluido su tarea, pero los seis libros de su poema que han llegado hasta nosotros no tienen rival en la poesía filosófica del mundo entero.

La urgencia profética de la obra de Lucrecio, sin parangón fuera de la literatura del Viejo Testamento, ha atraído hasta a lectores de las concepciones filosóficas más opuestas. Ocurre que Lucrecio no era un pensador académico, sino un hombre que trasmitía un mensaje ardiente a la sociedad de su época. Su corta vida trascurrió en medio de un período revolucionario, durante el cual la sociedad romana se encontraba en disolución. Estaba convencido que una sociedad auténtica debía organizarse sobre la base de la ciencia, y no de la superstición; lo que había de más sagrado en el mundo era para él la tradición jónica tal como culminara en el pensa-

miento de Epicuro, y lo que tenía por más detestable era la religión de terror que poblaba los cielos con dioses coléricos cuya ocupación era castigar a los hombres en esta vida y en el más allá. Le atormentaba ver a la humanidad abrumada por el peso de estas falsas creencias; su consuelo era saber que las enseñanzas de Epicuro habían llegado a convertir ciudades enteras, y su propósito era hacerlas triunfar también en Roma. Era en verdad una tarea heroica, en una ciudad en la cual los miembros de la clase gobernante no titubeaban en burlarse entre sí de la religión, pero inculcándosela simultáneamente al pueblo como medida política necesaria. Lucrecio tenía razón al considerar su misión con carácter de crítica urgencia.

Al extinguirse la república y establecerse el principado, la literatura cambió de modo consiguiente. Sea como fuere, se trataba de una revolución, y la sociedad comenzaba a modelarse en la forma que habría de conservar durante unos quinientos años. Augusto convocó a los escritores para que acudieran a sostener el nuevo régimen. Pero cuando se trataba de autores cuyo talento mal se prestaba a estos fines políticos, lo mejor era que sus escritos se alejaran todo lo posible del tema en cuestión. La era de Augusto fue la época de la perfección formal en prosa y verso. Tito Livio, el gran historiador de la República, halló en el pasado refugio de los trastor-

nos y degeneraciones de sus días, y no extrajo de sus estudios lecciones políticas, sino éticas; no era su intención averiguar la verdad, sino edificar a sus lectores. Virgilio, que en su juventud había expresado el encanto del credo epicúreo, se convirtió en el apóstol de la reconstrucción octaviana, con su resurgimiento de las antiguas prácticas religiosas de Roma. La sociedad debía consolidarse con la vieja argamasa, y Virgilio, como albañil del régimen, puso su cuchara de oro al eficaz servicio de la obra común. Desde luego, su temperamento y convicciones lo capacitaban plenamente para su función predestinada de dar expresión espiritual a los ideales del principado. Pero el cambio que media entre *De Rerum Natura* de Lucrecio y la *Eneida* de Virgilio no es meramente de índole intelectual. Era políticamente imposible predicar el credo de Epicuro desde las gradas del trono imperial.

Ello no impide que la literatura de la era octaviana revista el más elevado interés. No puede desconocerse que la prosa de Tito Livio, límpida en su pureza y majestuosa en su ímpetu, expresa, con su fluir tan sereno como incontenible, el panorama histórico de los siete siglos durante los cuales la ciudad de Roma había llegado a abarcar el mundo. En efecto, su posición era tal que escribir su historia era escribir, en cierto sentido, el poema épico de la especie humana. Tampoco puede ignorarse que la sensibilidad

de Virgilio hizo de las peligrosas aguas del Mediterráneo y del apacible paisaje italiano otros tantos escenarios poéticos penetrados de la más tierna simpatía por la humanidad en su peregrinación hacia la tierra prometida. Es igualmente necesario reconocer que, bebiendo en alguna recóndita fuente de humana comprensión, pudo crear en la fenicia Dido una imagen de la femineidad civilizada destruida por un mundo que no estaba aún maduro para ese tipo de mujer. Y no debe olvidarse, asimismo, que Horacio, el hijo de un liberto, arrancado de la oscuridad rural para ir a vivir en el resplandor de la corte, tuvo bien presente que el cortesano no debe anular al hombre, y por encima de otros rasgos menos dignos de su carácter supo y enseñó que ser un buen poeta puede ser la tarea agotadora de toda una vida. El respeto que mantuvo por sí mismo como hombre y por su talento como artista constituye una de las más espléndidas lecciones que puede ofrecernos la antigüedad.

Y contemporáneamente, Propercio y Tibulo cantaban con pasión arrebatada o con ternura romántica las alegrías y las penas del amor, mientras la vivaz inteligencia, el temperamento ardiente y el ingenio mordaz de Ovidio lo llevaban a agotar cuanto tema del pasado legendario o de las costumbres modernas le era dado abordar sin contrariar los planes de reorganización social adoptados por el Emperador, hasta el mo-

mento en que, combinando una audacia profana con un sincero desprecio por la moralidad sexual romana, escribió su poema mejor y más artevido, el *Arte de amar*. Augusto, enfurecido, lo desterró a las riberas del Mar Negro, donde el poeta siguió volcando su nostalgia de Roma en versos que hoy nos hacen comprender los placeres que un poeta tan ingenioso como amante de la buena compañía hallaba abundantemente en aquella gran ciudad.

Tal es el cuadro que ofrece la literatura de la era octaviana, tan rica en cuanto podría servir para enriquecer el intelecto y regocijar el espíritu si pudiéramos olvidar el dolor de las masas en la sociedad que le dio el ser. No tenemos aquí espacio para examinar las glorias posteriores de la literatura latina, una vez que pasó su período culminante. Pero los escritores de la edad de plata, a saber, Lucano, Marcial, Juvenal, Tácito, Quintiliano, Séneca y los dos Plinios, rivalizaron con los mejores de la época ciceroniana y de la de Augusto.

Nota: La obra de Mackail, *Latin literature*, si bien presenta la antigüedad clásica en forma muy idealizada, constituye probablemente la mejor exposición sucinta del tema.

Capítulo X

CONCLUSIÓN

"Señor mío", dijo el doctor Johnson, "todos perderíamos si todos trabajáramos para todos; así no podría haber ningún progreso intelectual. Éste es hijo del ocio que algunos disfrutan gracias al trabajo de otros". Nadie puede negar que hay en esto algo de cierto. El doctor Johnson no podría haber escrito su diccionario si hubiera tenido que ganarse la vida como picapedrero. Pero si tal comprobación no tuviera su reverso, este librito habría sido escrito en vano.

"A medida que he profundizado el estudio de la vida en la antigüedad", dice Max Beer, "he ido advirtiendo cada vez con mayor claridad que el colapso moral y político del mundo clásico se debió principalmente a la esclavitud, o sea, al trabajo sin libertad, al desprecio por las actividades productivas, y al consiguiente estancamiento de la técnica en la producción".[1] Éste es

[1] *Social struggles in antiquity*, pág. 109.

un aspecto tan verdadero como importante que la antigüedad no llegó a advertir, y que muchos no llegan siquiera a percibir aún hoy.

Tratemos, pues, de sacar una conclusión acerca de los efectos que tuvo sobre la ciencia, la educación, la moral y la religión el esfuerzo de la civilización clásica por ordenar la sociedad de tal modo que una clase se dedicara a las actividades intelectuales, mientras que otra debía limitarse a ejecutar el trabajo manual.

Por lo que respecta al progreso de la ciencia, el resultado fue que la teoría quedó divorciada de la práctica. Hubo una ciencia del amo y otra del esclavo. Mientras que éste bregaba con el mundo material, aquél encaraba el problema del gobierno; y el carácter esencial de dicho problema fue condicionado precisamente por la división de la sociedad en clases. El esclavo, asalariado o no, adquiría mediante el aprendizaje el ejercicio de técnicas bien establecidas, pero era demasiado ignorante como para poder organizar y profundizar mediante una teoría el conocimiento de los materiales, o sea, el único que tenía a su alcance. El amo, por su parte, tendía a perder hasta la misma idea de que la ciencia tuviera relación alguna con el mundo material; su cultura revestía dos aspectos: uno político, referente a la conservación de dicha sociedad de clases, y otro ético, relativo al progreso mental y

espiritual que creía deber a su exención del trabajo manual.

En tal ambiente, la ciencia, cuando mucho, sólo podía desarrollarse en forma desequilibrada y parcial. Platón no admitía la regla y el compás más que en el estudio de la geometría, y prohibía la construcción de modelos geométricos y mecánicos. Arquímedes, el máximo genio mecánico de la antigüedad, se negó a escribir un libro sobre la materia por temor de que su nombre quedara, para la posteridad, vinculado al trabajo manual de los esclavos. Los médicos romanos, por abandonar a éstos las tareas de disección, no llegaron a descubrir, en más de mil años, que lo que Galeno había descrito como anatomía humana era en realidad anatomía del mono. Durante toda la antigüedad se continuó unciendo los caballos a los vehículos atándoles una correa flexible al cuello, y haciéndoles arrastrar pesos estrangulados de este modo, error garrafal que el más leve examen anatómico habría enseñado a evitar. Pero los anatomistas no se interesaban en la tracción a sangre. Tales eran las restricciones que la división de la sociedad en clases imponía al progreso y aplicación del saber.

Pero si la clase dominante no estudiaba la naturaleza, ¿cuál era el objeto de su estudio? Preciso es reconocer que su cultura no carecía de amplitud ni de profundidad. En distintas épocas propicias los poetas estudiaron las pasiones del

corazón humano, los historiadores trataron de analizar el auge y la decadencia de los Estados, y los hombres de ciencia inauguraron distintas especialidades de investigación. Pero su educación, como se ha observado con frecuencia, versaba, en general, sobre palabras y no sobre objetos materiales. La gramática, incluido mucho de lo que ahora llamamos literatura, y la retórica, eran las disciplinas más importantes. Un hombre realmente instruido podía llegar a aprender astronomía, en la medida necesaria para entender a los poetas. Tampoco le venía mal una pizca de filosofía. Con tal instrucción, quedaba capacitado para sus deberes de ciudadano, según el concepto que entonces se tenía de la vida cívica. Pero en cambio, era muy poco lo que sabía de la naturaleza del mundo físico.

Respecto de la moral, ya hemos visto que la justicia social, en el sentido moderno, no podía integrar el ideal de una sociedad basada en el trabajo de los esclavos. Debe añadirse también una observación más particular referente al tema del sexo. La moralidad sexual existe en la medida en que los impulsos instintivos del hombre y de la mujer están regulados por la simpatía y el respeto hacia el objeto de sus deseos. Por tanto, la vida sexual se corrompe allí donde existe una población esclava que no es amada ni respetada a merced de la lujuria de sus amos. En el siglo V a. de C., Píndaro, poeta de exquisita

sensibilidad, pone a contribución los recursos de su arte para celebrar la incorporación de cien nuevas prostitutas al templo de Venus en Corinto: "¡Salud, jovencitas, destinadas al solaz de los extranjeros!". Quinientos años después, Horacio, hombre de mundo, dice que es una tontería liarse con mujeres libres cuando los amantes prudentes tienen siempre a su disposición esclavos y esclavas. Y otros quinientos años más tarde, un interesante poeta cristiano, Paulino de Pella, se enorgullece de haber seguido un comportamiento como el que había recomendado el pagano Horacio. En su alocada juventud, según cuenta, se abstuvo de todo trato con mujeres libres, "por más propicias que fueran", y sólo frecuentó las esclavas de su padre. Ya fuera griega, romana o cristiana, la moral sexual de estos autores era una misma, pues sus respectivas sociedades estaban fundadas por igual en la esclavitud. No obstante, los especialistas en la materia han descrito las diferentes concepciones de la familia sustentadas respectivamente por griegos y romanos, mientras que la concepción cristiana difería de las otras dos.

Y así como la esclavitud anulaba el respeto en la vida sexual, era igualmente negativa tratándose del respeto a la vida humana. Catón el Antiguo recomendaba a los granjeros que vendieran a sus esclavos agotados, o que los dejaran morir.

En la ciudad de Roma, los esclavos enfermos eran abandonados en una isla del Tiber para que murieran sin asistencia alguna; si en tal trance llegaban a sanar, era posible que fueran a recuperarlos después. El espectáculo de la muerte de los gladiadores, criados y formados para combatir en el circo, era una diversión corriente. Por detrás de las elegantes frases y nobles sentimientos que han valido a la obra de Cicerón *De los deberes* un lugar elevado en la literatura ética, asoma la sombría realidad de su tiempo. En época de escasez de cereales, ¿debe el hombre bueno alimentar a sus esclavos? Cuando un buque amenaza naufragar y es preciso aligerarlo, ¿debe el hombre bueno sacrificar un caballo valioso, teniendo a mano un peso equivalente en esclavos de poca monta? Tales eran los problemas, que examinaba el moralista. Cicerón refiere que la autoridad por él citada había decidido "en favor de la conveniencia y no de la humanidad".

Asimismo, era inevitable que el trabajo libre perdiera categoría frente a la mano de obra esclava, hasta quedar al nivel de ésta. En verdad, uno de los descubrimientos del mundo antiguo, que preparó el camino para nuestra moderna civilización, fue que, con frecuencia, es más conveniente comprar la fuerza de trabajo de un hombre que comprar al hombre mismo. Hemos visto que hasta Hesíodo atisbó esta verdad económica

respecto del trabajo de temporada en las granjas. Pero el descubrimiento también es atinente a los trabajos peligrosos para la vida del operario. Varrón, contemporáneo de Cicerón, en su tratado sobre la agricultura, señalaba la conveniencia de utilizar mano de obra asalariada, mejor que esclavos, para los trabajos que se ejecutaban en pantanos infectados de paludismo.

Obvio es indicar que de semejante sociedad no podía surgir una religión pura e inmaculada. Cicerón y Varrón no eran, individualmente, malas personas. En rigor, pocos hombres han poseído una personalidad moral más pura o una mayor reverencia instintiva que Cicerón por los pensamientos y acciones nobles. Pero uno y otro se vieron obligados a preconizar una religión adecuada a las exigencias de la sociedad en que vivían. Esto equivalía, en pocas palabras, a inculcar el grado de superstición requerido para la conservación del orden social en el cual habían llegado a ocupar posiciones culminantes. Gibbon, al examinar los ideales políticos de aquella época, los comenta con una frase inmortal: "En el progreso de la equidad primitiva a la injusticia final, los pasos son silenciosos, los matices casi imperceptibles, y el monopolio absoluto es custodiado por leyes positivas y por una razón artificial".

Con esto podemos concluir. En nuestra breve exposición de las realizaciones de la civilización

clásica hemos tratado también de revelar la naturaleza del monopolio sobre el que ella descansaba, y la vinculación de este monopolio con sus instituciones políticas y con su pensamiento filosófico. Al exhibir así las sombras junto a las luces no nos propusimos menoscabar a los hombres del pasado. Por el contrario, hemos tratado en todo lo posible de separar cuanto hay de vital en su pensamiento, de las incrustaciones del áspero medio circundante. El pensamiento de los hombres de la era clásica estuvo condicionado por una economía de escasez. Y la cuestión de averiguar si la antigüedad pudo o no haber prescindido de la esclavitud es ahora de índole académica. Somos más bien nosotros los que hemos de culparnos si en una era de abundancia no podemos dejar de engañarnos a sabiendas con las falacias superficiales y con los mezquinos artificios que aherrojaron las mentes de los individuos y que desfiguraron la vida social en el mundo antiguo.